HUMBERTO MARIOTTI

VICTOR HUGO EL POETA DEL MÁS ALLÁ

EDITORIAL CONSTANCIA

VÍCTOR HUGO

El Poeta del Mas Allá

HUMBERTO MARIOTTI

VÍCTOR HUGO El Poeta del Mas Allá

INTRODUCCION

Solo un idealismo real y positivo puede darle vigor y energía a la naturaleza humana. Solo un ideal que sea capaz de sobreponerse a la dura realidad cotidiana puede ayudar al hombre a combatir contra lo que está destruyendo el verdadero sentido de la vida. Ese ideal está en la belleza, en la justicia y en el bien, pero principalmente en la poesía que simultáneamente puede vincular al hombre tanto con lo humano como con lo trascendente.

El hombre como Idea podrá mirar de frente y sin vacilar al mundo material y al enigma del universo; pero el hombre considerado como un reflejo de los fenómenos físicos será un ser sin libertad y sujeto al proceso mecánico del medio en que se halle situado. Pero la voluntad humana solo será real mediante la autolibertad del Ser. El Ideal es como el vapor que puede mover grandes moles de hierro, razón por la cual el hombre no será el verdadero motor de la historia mientras se lo considere como un reflejo del medio en que vive. El hombre, la moral y la sociedad serán realidades creadoras solo cuando la voluntad pueda generar su propia libertad sobre la base de un ideal inspirado en la verdad.

Si el hombre no es una idea soberana y creadora será un ser sin dignidad personal. Será solo un mecanismo que acciona a causa de los reflejos circundantes y una consecuencia de las fuerzas físicas sin ninguna teleología moral ni espiritual. La verdad y

la justicia no son anuladas por ser el hombre una Idea. El verdadero hombre progresista es el que está sostenido por la fuerza de la Idea y, por lo mismo, por el Espíritu. Los que son capaces de forjar el bien para la humanidad son los que viven alumbrados por la luz que emana de su propia inteligencia. Son los que viven sostenidos par el Ideal porque se sienten idea que se sobrepone a las influencias aplastantes de los fenómenos físicos.

Víctor Hugo fue un ejemplo de lo que decimos. Su naturaleza poética no surgió en su Ser por los reflejos del medio ambiente de su época. Por el contrario su Ser fue poético, idealista y amante de la justicia porque esos valores morales estaban en su espíritu y no fuera de su espíritu. Porque no se llega a escribir un poema solo por los reflejos materiales que influyen sobre la inteligencia. Un poema se escribe cuando el espíritu posee las condiciones indispensables para dar curso a ese fenómeno poético.

La verdad y la justicia no estarán en el hombre por la acción refleja del medio; tales valores éticos surgirán de la Idea que determina al ser espiritual y social del hombre. Surgen de la conciencia que es donde Víctor Hugo halló a Dios y luego al Espíritu. El autor de *Los Miserables* fue una vida que luchó por la Idea a pesar de los más variados contratiempos sociales que agitaron su sensibilidad. Pero no fue un hombre que amarró su ideal al mundo exclusivo de la materia. Su inteligencia penetró en el Más Allá no solo para ver una nueva imagen de las cosas objetivas, sino para descubrir la esencia de la vida inmortal del Espíritu.

Porque Víctor Hugo sabía que solo se construiría un mundo nuevo y mejor si las alas del pensamiento no son atrapadas por las garras de la vulgaridad y la indiferencia. Por eso es necesario el Ideal, es indispensable la Fe y es urgente conocer el Sentido de la vida, puesto que sin una teleología espiritual el Ser y la existencia se presentan como dos enigmas que desembocan en un abismo.

Víctor Hugo no se rindió ni a la muerte ni a la nada. Afirmó por medio de la poesía la vida del Espíritu y de la Idea y luchó como un gigante para mostrarle al hombre la esencia divina e inmortal que se esconde en su carne perecedera.

LA VISION FILOSOFICA Y RELIGIOSA DE VÍCTOR HUGO

Víctor Hugo el gran poeta francés sobre quien quisiéramos esbozar modestamente partes de su pensamiento filosófico y religioso, sostuvo notables puntos de vista que expresó con profundo lenguaje poético. Podría decirse que en su libro *Dios. Literatura y Filosofía* puso de manifiesto las bases de un quehacer filosófico y religioso. El poeta oía voces que lo ilustraban diciéndole “cosas prodigiosas y sorprendentes”. Esas voces le hablaron sobre el sentido de la vida y las angustias del hombre por encontrar al Ser Supremo como basamento de todo lo creado. Pero esas voces solo le hicieron comprender que el hombre es un mosquito que destroza sus alas al chocar contra “vidrios descoloridos”; por eso exclamó: “¡Cómo! ¡Todo concluirá en la nada suprema! ¡Todos los esfuerzos del genio y del pensamiento humano se perderán inútiles en el vacío!”

Por este estado espiritual de Víctor Hugo se llega a comprender que toda su obra no fue más que una reacción filosófica y religiosa contra el nihilismo del Ser. Como Miguel de Unamumo escribió buscando las bases de la existencia en Dios. Sentía, en efecto, que sin una Causa Suprema presidiendo el desenvolvimiento del universo toda obra humana carecería de significación moral. Víctor Hugo guiado por su daimón poético buscó afanosamente el sentido

de la vida y de la historia. Su poesía fue una afirmación -lo repetiremos de continuo del hombre y de la verdad, la que brotaba de su alma clara y sonora a causa de sus profundas convicciones espirituales. Ahora bien, al enfrentarse con el problema religioso lo hizo primero con el ateísmo al que vio simbolizado en un murciélago. Pero la nada no resonó en su Ser como una realidad; luchó contra ella con decisión espiritual, pues presentía en su intimidad existencial otro destino para el hombre. No acataba que Jehová, Cristo. Alah fuesen "un sombrío montón de apariencias locas".

Al escepticismo lo consideró como a un búho el cual disputó con su espíritu utilizando duras expresiones. Por eso el poeta preguntó: "¿Estaré solo en el horroroso infinito?" Y agregó: "¿Existo yo mismo?". Sin embargo tampoco el escepticismo abatió su ánimo, puesto que siempre sentía en su mundo interior voces de fe y esperanza. Su alter ego no se resignaba a la idea del no ser; toda su energía moral fue una constante defensa del Espíritu. El poeta creía que la vida y el hombre son dos realidades alimentadas por una misma esencia espiritual.

A continuación estudió el paganismo que vio encarnado en un buitre. Una voz siempre empeñada en difundir la negación del Ser se dirigió al poeta para decirle: "En cuanto al hombre, ¿qué es? Nada. Ya te lo he dicho. Hecho un poco de barro que Júpiter perdió, no teniendo bajo el oscuro cielo de donde cae la sentencia, ni ley, ni libertad, ni derecho, ni resistencia no es más que el juguete de los monstruos". Le habló de una claridad, pero cuando Hugo pregunto dónde se

encontraba, el buitre del paganismo, desapareció sin responder.

El águila representó al mosaísmo el cual le habló de dramas y enigmas terrenales; pero ahora la voz menciono la existencia de un solo Dios. Es decir, que surgía de aquel ser alado una voz menos sombría que las anteriores. De aquella águila emanaba una pequeña claridad que le permitía ver los oscuros caminos de la montaña. Un mensaje distinto escuchó el poeta mientras se estremecía el abismo. Percibió que el Ser no está solo en su dramática aventura existencial; por eso la voz le dijo: "¡Si, Dios lo ha hecho todo! Los cielos, los montes, las bestias, aun vuestro ruido y la sombra que proyectáis". El hombre a partir de ese momento es una creación divina, un fragmento de vida que puede avanzar con una antorcha en las manos.

Aparece más tarde el grifo diciéndole que el águila duerme y que solo él es elevado hacia lo alto por Dios. El poeta oyó que hablaba del Cristianismo diciendo: "El hombre es el alma; el hombre lleva en él un rayo de luz: la materia sola es la condensación". Fue así cómo lo caótico se transformó en armonía y el azar en finalidad. El Ser en esta visión de Víctor Hugo se presenta con un sentido trascendente. El Cristianismo se ha sobrepuesto a las negaciones anteriores, a esas voces que solo hablaban de la nada y de la muerte. El grifo amplió luego su pensamiento y dijo: "¡Águila. Cristo sabe más que Moisés. Moisés solo tenía los rayos y Cristo tenía los clavos. ¡No, Dios no es celoso!

¡No, Dios no duerme arrastrando toda la creación! ¡El hombre no muere del todo!”

La aparición del Cristianismo tuvo la virtud de materializar a un ángel quien representaba al racionalismo. Ese ángel que vio el poeta expresó conceptos que le dieron las bases para una nueva filosofía del hombre. He aquí algunos de sus pensamientos:

“Todos los seres son, fueron y serán.”

“Que tenga ceniza en cl corazón, que lleve llama en la frente, todo ser es inmortal como esencia, y obtiene lo que se le debe por la ley que lo gobierna. No es motivo ser pequeño, imperceptible para no tener porvenir: nada en vano padece”.

“Todo vive. La creación oculta la metempsicosis”.

“La chispa de Dios, el alma existe en todas las cosas. El mundo es un conjunto donde nadie está solo. ¡Todo cuerpo oculta un espíritu! Toda carne es una mortaja, y para ver el alma no hay más que alzar el sudario.” “Todo ser, cualquiera que sea, desde el astro al estiércol, desde el topo al profeta, es un espíritu arrastrando una forma que es cumbre.” (1)

De este modo es cómo apareció la luz ante el poeta, es decir, “lo que todavía no tiene nombre”. Un nuevo esquema del Ser y el universo le da las bases para una renovada visión filosófica y religiosa del Cristianismo. Era una “luz con dos alas blancas” cuya claridad le dijo: “Quien quiera que seas, escucha: Dios existe”. Fue así como Víctor Hugo encontró por fin a

Dios; no obstante preguntó: “¿Quién es?”, pero enseguida se respondió a sí mismo: “¡Renuncio saberlo! La sombra es la pregunta, el mundo la respuesta. Dios existe”. Y agregó: “El ser es una familia en que el hombre es el hermano mayor. Alma de la altura, debe en sus combates verter todo su azul sobre las almajas de abajo. El hombre, a pesar de su odio y a pesar de su clemencia, es el principio de la luz inmensa. La igualdad en la sombra esboza la unidad. La unidad es el término del camino de la luz”.

A pesar del caos que su genio vio en todo, no vaciló en decir: “¡Alma! Ser, es amar. Dios existe”. Pero el caos que veía se transformó por mutaciones progresivas en orden y armonía. Insistió por eso en luchar contra la muerte y la nada del Ser vertiendo “todo su azul” poético y filosófico sobre la Tierra confiando en los fundamentos morales del universo. Porque si ser y existir están relacionados con el amor, ello es debido a la finalidad espiritual del Ser y el universo. De ahí que el poeta afirmara: “La materia no es nada. Solo el alma existe”.

Ahora bien, ni Max Scheler ni Rudolf Otto ni otros filósofos parecidos, ni tampoco pensadores cristianos tales como Sören Kierkegaard, Karl Barth, Jacques Maritain alcanzaron a percibir ese Más Allá como un sostén del mundo visible.

Víctor Hugo penetró en el llamado misterio del Ser poéticamente como lo hicieron místicamente Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz y otros místicos de Oriente y Occidente. Su visión filosófica y religiosa coincidió con la Eterna Verdad expresada a

través del proceso histórico de la humanidad. Pues la unidad espiritual eleva el conocimiento a la región de los iguales, a ese nivel donde lo particular se esfuma y los reflejos de lo dudoso e incierto desaparecen.

HACIA UNA FILOSOFÍA POETICA

Víctor Hugo fue uno de los poetas que esbozó la posibilidad de una filosofía poética. Tanto en el verso como en la prosa trató siempre sobre temas trascendentales relacionados con el hombre y el mundo. Si bien es cierto que en lo académico no se admite una filosofía poética, sería bueno recordar que Hegel a pesar de su complicado tecnicismo exponía conceptos metafísicos que se relacionaban íntimamente con lo poético.

George Santayana con su *libro Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe* contribuyó a sostener esta tesis referente a una filosofía poética. Pero ha llegado el momento de considerar que si la filosofía ha de cumplir un papel espiritual entre los hombres, ello solo lo alcanzará si lo hace mediante valores ontológicos y poéticos, pues el estilo oscuro y técnico de un Heidegger o de un Sartre, por ejemplo, en nada contribuye a la comprensión de las esencias de la filosofía. El existencialismo como quehacer filosófico es, podría decirse, como una reacción contra el tecnicismo filosófico donde el “problema del Ser” apenas se vislumbra por las complicaciones filológicas incomprensibles aun para los hombres entregados al estudio y la cultura.

El caso de Víctor Hugo no fue considerado por la historia de la filosofía y lo mismo podría decirse de la obra de Miguel de Unamuno donde la poesía se une con la filosofía. Sin embargo, la filosofía devendrá poética y religiosa o será solamente una acumulación

de páginas técnicas que nunca llegará a proyectar luz en el alma del pensador. Si el filósofo se conforma solo con poseer un lenguaje técnico, el conócete a ti mismo de los antiguos griegos no se producirá nunca en la vida del hombre.

La filosofía esbozada por el autor de *Las Contemplaciones* se asentará siempre sobre la belleza, puesto que el Ser es una entidad sensible que solo evoluciona por ella hacia el bien y la verdad. Si no opta por volver al reino de la sabiduría; si prefiere objetivarse en lo temporal como una disciplina académica, el daimón de la filosofía permanecerá mudo y el espíritu humano será abatido por las tinieblas del nihilismo.

Víctor Hugo hizo filosofía mediante la poesía porque descendió a las profundidades del Ser reconociendo que no es sistematizando el presente como la sabiduría se tornará una luz para los espíritus. Víctor Hugo, como ya lo decimos en varias partes de este libro, percibió que la belleza determina la verdadera filosofía; pero para ello también consideró que el Ser no podrá llegar a la verdad mediante una sola vida. Su propio genio no cabía dentro de una sola existencia porque el alma viene de misteriosas lejanías para avanzar hacia horizontes desconocidos. La filosofía poética de nuestro poeta se basó en esa concepción espiritual del hombre y fue por eso que la belleza traducida en amor le permitió aceptar que las almas son realmente viajeras del infinito.

Cuando Víctor Hugo dijo: “Quien dice poesía dice filosofía e ilustración” dejó sentadas las posibilidades de un quehacer filosófico expresado mediante un lenguaje poético. La poesía en la obra del poeta es siempre afirmación, esperanza, amor, pasado y porvenir. Es el espíritu poético que penetra en los dominios ontológicos de la existencia y que no se limita exclusivamente a la literatura. El genio de Víctor Hugo es caudaloso y rebasa las dimensiones de lo formal para penetrar en lo filosófico y religioso. De ahí que debemos considerarlo como un poeta-filósofo y un filósofo-poeta. Por eso en su genio se sintetizan todas las manifestaciones de la vida humana. En él hallamos lo social, lo religioso, lo crítico, lo político y artístico en relación con el Ser.

Cuando la filosofía poética esbozada por Víctor Hugo se manifieste en los creadores contemporáneos; cuando la belleza y la filosofía demuestren que el hombre no es “una pasión inútil”, como lo quiere Sartre, la misión del conocimiento se cumplirá mediante una reivindicación moral y existencial de hombres y pueblos. Se darán a la vez formas de vida social asentadas sobre la dignidad humana nutridas por la verdad y la belleza, porque el hombre, según Víctor Hugo, es un gladiador que lucha por encontrar a Dios y el sentido de la vida.

EN TORNO AL SER PROFUNDO DE VÍCTOR HUGO

Por aguda que sea la crítica acerca de la personalidad de Víctor Hugo, no penetrará realmente en ella hasta tanto no se mida su existencia con criterio palingenésico o “sentido” de reencarnación del ser. Si Hugo tuvo innumerables alternativas morales ello se debió a que su Ser se hundía en las misteriosas zonas de una realidad preexistencial. La crítica común, cuando de grandes espíritus se trata, opina siempre ignorando la naturaleza profunda que los conforma. Mientras la crítica desconozca que genio y mediumnidad son de una misma esencia, no podrá nunca penetrar en esos “mundos” que se mueven en lo infinito de las almas.

Víctor Hugo sabía que en su Ser se entrecruzaban incontables existencias por él vividas; de ahí sus variaciones de carácter, sus angustias y tristezas, sus aproximaciones repentinas a los más variados climas espirituales. Su espíritu hundía en lo circundante sus sondas psíquicas hasta extraer de la esencia de las cosas su médula infinita. Así se relacionaba con el alma verdadera de los seres y las cosas; de ese modo su Ser se ponía en comunión con el otro Yo de las personas que es donde está el verdadero espíritu reencarnado.

Su genio, como es lógico, no pudo revelar a sus íntimos y amigos la realidad profunda que percibía en todo lo existente. Ocultaba de continuo secretos

espirituales; hablaba de los temas eternos de acuerdo con el sentir común, pues él sabía que hubiera sido improcedente revelar lo que conocía por ese sentido palingenético de su Ser que lo acompañó toda su vida. Se atuvo siempre a la medida evolutiva de los espíritus comprendiendo que la realidad espiritual del hombre no puede estar al alcance de todos.

Los fisiólogos quisieron indagar sobre el origen de su genio penetrando en las circunvoluciones de su cerebro.

Quisieron estimar su inteligencia de acuerdo con el peso de ese órgano. El propio Víctor Hugo donó a la ciencia su organismo cerebral para que, al no existir ninguna diferencia sustancial en los cerebros, quiso que se investigara, después de su muerte, si existía alguna disparidad entre la organización de aquéllos y la de la masa cerebral de los animales. Por tal razón resolvió que la investigación fuera practicada también en el cerebro de su propio perro “con el fin de descubrir si habría algo diferente en lo sustancial u organización de alguno de los dos organismos cerebrales que pudiera servir de base para apreciar los varios grados de inteligencia” (2).

El informe que dio la Comisión Médica Examinadora fue el siguiente: “No encontramos ni una molécula más de materia gris en el cerebro de Víctor Hugo que de las que hallamos en el del perro. Solo hallamos diferencia de volumen y peso, la cual creemos en nada afectan a las manifestaciones intelectuales, pues bien sabido es que existen

entidades de escasa inteligencia en cerebros voluminosos y, por el contrario, de muy vastos conocimientos en otros muy pequeños".

Ocurrió lo mismo cuando se examinó el cerebro de Alberto Einstein, este otro Ser que conmovió las bases de las ciencias oficiales. El dictamen consignaba lo siguiente: "Nada hemos encontrado que nos conduzca al camino de la verdad absoluta". A lo que se agregó: "Nada se ha encontrado y estamos seguros de que el cerebro de Einstein es igual en su estructura y forma física a todos los cerebros de los seres comunes".

Estas conclusiones demuestran que la caja craneana no encierra ni genera la inteligencia del Ser. Dan cuenta de que los lóbulos cerebrales no secretan las ideas como los riñones la orina y que el materialismo en sus más variadas concepciones está asentado sobre bases irreales en lo que a la espiritualidad del hombre se refiere.

La concepción espiritista, que va más allá del espiritualismo clásico, ha demostrado mediante la observación de numerosos hechos que los lóbulos cerebrales no son más que órganos a través de los cuales se manifiesta el Ser y el pensamiento. En consecuencia el genio poético y visionario de Víctor Hugo no radicó en la fisiología especial de su cerebro, es decir, que el gran poeta de Rayos y Sombras no poseía un cerebro extremadamente desarrollado, sino que fue un genio a causa de su gran desarrollo espiritual.

El hombre Víctor Hugo no era igual al hombre común sujeto a las limitadas percepciones de los cinco sentidos corporales. El gran poeta francés fue un ejemplo del hombre palingenésico dotado, por esa misma razón, del sexto sentido o de la mediumnidad altamente desarrollada. Por eso fue vidente, profeta y poeta y pudo comprender lo que significan espiritualmente las grandes epopeyas de la humanidad. Comprendió así que la Revolución Francesa sin una revolución espiritual no sería más que un fenómeno político de orden local. Descubrió además que en cada hombre puede estar reencarnado un rey, un mendigo, un santo o un malhechor por eso el poeta alcanzó a percibir que las verdaderas raíces de la historia están en el Espíritu. Para Hugo los procesos sociales eran el resultado de impulsos morales provenientes de espíritus reencarnados y no ciegos tumultos políticos. El propio Jean Valjean, condenado por robar un pan, pudo ser, de acuerdo con las visiones espiritas del poeta, un espíritu reencarnado con la misión de obligar a los poderosos a no ser despiadados con los miserables de la tierra.

Pero, ¿por qué se ocultan o disimulan las ideas espiritas de Víctor Hugo? ¿Será que el genio solamente es grande cuando apoya a la cultura materialista?

Lo único que nos atrevemos a responder es que Víctor Hugo había sobrepasado las viejas concepciones espirituales y que su genio pudo abrir sus alas merced a lo que las revelaciones mediúmnicas de la isla de Jersey tan objetivamente le

demostraron. Es lo que intentaremos ver en los capítulos sucesivos.

EL DESTIERRO ILUMINADOR

Víctor Hugo, poeta nacional de Francia, dedicó buena parte de su vida literaria y espiritual al Espiritismo. Su talento encontró en los principios espiritas fuentes de inspiración que le permitieron escribir páginas brillantes las cuales siguen guiando al pensamiento humano acerca de los grandes problemas metafísicos y religiosos.

Las Contemplaciones, Rayos y Sombras, La leyenda de los siglos, revelan conceptos realmente conmovedores. En esos libros el poeta puso de manifiesto una profunda sabiduría espiritual como inspirada por grandes potencias del mundo invisible. Es que Hugo siempre al servicio de la verdad todo lo escribió interrogando al Más Allá.

Su genio romántico creció con la visión espirita del mundo que poseía; de ahí que su romanticismo fue como una consecuencia de esos misterios espirituales que siempre lo rodearon. En Jersey, junto al trípode mediúmnico, el mismo que usaron las sacerdotisas de Apolo para dar oráculos en Delfos, mientras el mar batía furiosamente la costa, fue donde concibió sus grandes visiones poéticas y sobrenaturales. Polemizó en verso con entidades invisibles con lo cual dio aprobación a la existencia del mundo de los espíritus.

El poeta sabía que el trípode era un instrumente mágico por el cual la luz de lo invisible puede vencer a las tinieblas de la tierra. Se sentía en la isla de Jersey

como Juan en Patmos, por cuya razón puede ser considerado como el fundador de la Patmología Espirita. Habló con el Espíritu en medio del mar y escribió un nuevo Apocalipsis. Se relacionó empleando el lenguaje de Ronsard con Moliére y La Sombra del Sepulcro, dos elevadas personalidades mediúmnicas.

El mar y la soledad lo acompañaron siempre y hasta fueron sus confidentes. No obstante, aquella isla de Jersey tenía la virtud de poblarse de entidades invisibles que le hablaban de libertad, amor y recuerdos. Su hija Leopoldina, desaparecida en un naufragio, se le hizo presente mediante el trípode mediúmnico y habló con su alma enternecidamente.

El poeta sabía que los muertos no son tragados por el abismo y que las distancias metafísicas no pueden alejarlos de los hombres. Por eso decía: “Hagamos justicia a la muerte, mas no seamos ingratos con ella. No es, como se dice, una caída ni una emboscada”.

Proclamó así que los muertos vuelven. Se resistía el aceptar un más allá que le impidiera a los espíritus desencarnados comunicarse con los hombres. Aceptaba en cambio un mundo invisible comunicándose con el visible; lo invisible era para el poeta un templo lleno de presencias espirituales siempre dispuestas a relacionarse con la mente y el corazón de los pueblos. Fue por eso que dijo: “Los muertos son los invisibles y no los ausentes”.

Al respecto sostenía la tesis de Allan Kardec, su amigo en los caminos de la verdad, referente a la

ciencia de las manifestaciones espirituales. Participaba de estas importantes reflexiones del distinguido filósofo espirita: “Pidamos que los incrédulos nos prueben, no por una simple negativa, porque su dictamen personal no puede hacer ley, sino por razones perentorias, que esto no puede ser. Nosotros nos colocaremos sobre su terreno, y puesto que quieren apreciar los hechos espiritistas con ayuda de las leyes de la materia, que tomen por consiguiente en este arsenal alguna demostración matemática, física, química, mecánica y fisiológica y prueben por A más B, partiendo siempre del principio de la existencia y supervivencia del alma:

1- Que el Ser que piensa en nosotros durante la vida no puede pensar más después de la muerte.
2- Que si piensa no debe pensar más que en los que ha amado.
3- Que si piensa en aquellos que ha amado, no debe querer ya comunicarse con ellos.
4- Que si puede estar por todas partes, no puede estar a nuestro lado.
5- Que si está a nuestro lado, no puede comunicarse con nosotros.
6- Que por su envoltura fluídica no puede obrar sobre la materia inerte.
7- Que si puede obrar sobre la materia inerte, no puede obrar sobre un ser animado.
8- Que si puede obrar sobre un ser animado, no puede dirigir su mano para hacerle escribir.
9- Que pudiendo hacerlo escribir, no puede responder a sus preguntas y transmitirle su pensamiento.

Y Kardec concluye diciendo: “Cuando los adversarios del Espiritismo nos hayan demostrado que esto no puede ser, por razones tan patentes como aquellas por las cuales Galileo demostró que no es el sol el que da vueltas alrededor de la tierra, entonces podremos decir que sus dudas son fundadas”.

Si Víctor Hugo mereciera una definición para probar su cualidad de espirita, ella podría ser ésta: Fue el Isaías mediúmnico más grande de la literatura romántica. No se olvide que el romanticismo de Hugo trascendió las formas clásicas mediante una transfiguración de las cosas. Vio siempre en todo un mundo invisible, es decir un sostén inmaterial del mundo físico. Cantó a la naturaleza con ritmos provenientes del mundo de los espíritus y cinceló poemas dedicados al alma del abismo, quien habló por su boca conmoviendo la literatura de su tiempo. “Es más que nunca necesario -decía- enseñar a los hombres el ideal, este espejo que refleja la semblanza de Dios. ¡Poetas, filósofos, esa es vuestra obligación!”.

Su presencia era una invitación a lo trascendente. Todo en él sugería nuevos horizontes espirituales. Como Pedro Leroux, Saint Simón, José Mazzini creía en la reencarnación; por eso toda su obra poética y filosófica está impregnada de una profunda lírica palingenésica.

Llama la atención que la crítica no haya reparado en este aspecto de su producción, especialmente al cumplirse ciento cincuenta años de su nacimiento. Con ese motivo Les Nouvelles Líttéraires, autorizado periódico literario de París, dedicó al gran poeta

francés su número 1277, del 21 de febrero de 1952, en el cual se menciona con mucha cautela al Víctor Hugo espiritista.

Pero a pesar de esa reserva, la crítica reconocerá un día que el espíritu de Hugo, cósmico y profundo, se inspiró en las visiones espirituales que el Espiritismo le sugería. De los poetas románticos ninguno como él comprendió con tanta realidad el proceso espiritual del hombre y de la historia avanzando hacia Dios a través de abismos y lontananzas. Pues, Víctor Hugo sostenía con fe poética y religiosa la palingenesia espiritual de todo lo existente.

La psicografía o mediumnidad escribiente secundaba notablemente a su genio poético. Cuando escribía se daba cuenta que su mano no le pertenecía y que estaba bajo la influencia de una entidad lírica invisible. Empero se rebelaba cuando su genio era considerado por sus amigos exclusivamente mediumnico. Al respecto decía: “Cuando la obra parece sobrehumana se quiere hacer intervenir lo extrahumano; en la antigüedad era el trípode, en nuestros días es el velador. El velador no es otra cosa que la reaparición del trípode”. Es que Víctor Hugo aceptaba lo mediámnico como una “inspiración directa” del poeta, es decir que prescindía de todo vehículo transmisor.

Sin embargo, Amado Nervo pensaba diferente y para constatarlo veamos lo que dice en su poema

Mediumnidad:

Si mis rimas fuesen bellas enorgullecerme de ellas no está bien, pues nunca mías han sido en realidad: al oído me las dicta ...

¡No sé quién! Yo no soy más que el acento del arpa que hiere el viento veloz,no soy más que el eco débil de una voz...

Quizás a través de mí van despertando entre si dos almas llenas de amor en un misterioso estilo, y yo no soy más que el hilo conductor.

A esta declaración poética. Nervo agregó lo siguiente: “Gran número de poetas han confesado el carácter mediúmnico de su inspiración. Alfredo de Musset dijo: “On ne travaille pas: on écoute; c’est comme un inconnu qui parle á l’oreille”. Y Lamartine: “Ce n’est pas moi pense, ce son mes idées qui pensent pour moi”.

“Y nuestro exquisito Gutiérrez Nájera expresó con delicado acierto: Yo no escribo mis versos; no los creo:

Viven dentro de mí, vienen de fuera:
A ése, travieso, lo formó el deseo; A aquél, lleno de luz, la primavera.

Ahora bien. Suzanne Misset-Hopes (3) en un importante estudio sobre el poeta dice que multitudes de diversas corrientes y convicciones se sienten atraídas para recordar “lo que pudiera llamarse el mensaje de Víctor Hugo, que se encuentra en una obra magistral tejida de sombras y luces, de misterios y revelaciones, de requisitorias y defensas”. A lo cual agregaba: “Víctor Hugo -todos lo sabemos- fue llevado a sondar experimentalmente los grandes problemas del destino humano y a descifrar los secretos de ultratumba y de la armonía cósmica por intermedio de las “mesas parlantes” de Jersey. Se hizo espiritista, y en el seno de sobrenaturales frecuentaciones tomó conciencia de su misión de profeta de los tiempos que verán nacer un nuevo orden mundial, así social como religioso, basado en leyes fundamentales que rigen la Vida, leyes que constituyen los cimientos de la verdadera moral y cuyo solo conocimiento se comprueba ser capaz de transformar la conducta de los hombres en beneficio de sus relaciones mutuas”.

En efecto, Víctor Hugo fue el profeta que anunció el advenimiento de un nuevo Espíritu del mundo. Tuvo fe en la justicia y la libertad y afirmó sus ideales en la fraternidad universal. No se olvide que el poeta propiciaba los Estados Unidos de Europa sobre la base de la unión divina de los espíritus.

Veamos cómo prosigue Suzanne Misset-Hopes: “En toda su obra, pero particularmente en la que creó durante el destierro, muy impregnada de los contactos que en esa época tuvo con el Más Allá, se echa de ver un ardiente deseo de dispensación de las luces espiritualistas de que se nutría su alma”.

LA EXPERIENCIA ESPIRITA DE VÍCTOR HUGO

Víctor Hugo tenía fe en el Plan Divino del Universo por cuya razón asentaba su lirismo sobre esa profunda convicción. Confiaba en la ley del progreso y admitía que todo evoluciona a pesar de las incertidumbres humanas. Cuando el hombre en su orgullo llega a considerarse “el fin y la meta del universo”, el poeta exclama: “¿Crees que esa vida universal, que va desde la rosa hasta el árbol, desde el árbol hasta el animal, que asciende insensiblemente desde la piedra hasta ti, se detiene ante la escarpadura del abismo del hombre? No, prosigue invencible y admirable, entra en lo invisible y en lo imponderable, se desvanece para ti, llena el azur de un mundo deslumbrador, penetra en seres que están cercanos al hombre y en otros seres que están lejos de él, en espíritus puros, en ángeles, formados de rayos, como el hombre está formado de instintos. Continúa a través de cielos siempre encendidos, ascendiendo por escalas de estrellas; desde los demonios desencadenados, asciende hasta los seres alados, ata al astro espíritu con el arcángel sol; liga, salvando millones de leguas, los grupos de las constelaciones con las legiones azules; puebla lo alto, los bordes y el centro, y en todas las profundidades se representa en Dios”.

La visión cósmica que sobre el hombre tenía nos recuerda este hermoso escrito mediúmnico: “Habitante del espacio fénix que renace de la materia, peregrino de los mundos que deja en cada uno de ellos un ser que fue y es él, cuenta sus horas por duraciones de

vida. Guerrero incansable, se viste de organismo para luchar y añadir a sus dominios más verdad y a su poder más luz” (4).

La primera sesión mediúmnica de Víctor Hugo fue publicada por Gustavo Simón (ver su libro “Les tables tournantes de Jersey”, editorial Louis Conard. París), en la cual se manifestó su hija Leopoldina, hacía poco fallecida en un naufragio, y labró el acta correspondiente el célebre poeta y dramaturgo Augusto Vacquerie. He aquí el relato: “Cuando se hablaba de las mesas giratorias, nosotros dudábamos. Hablamos intentado hacerlas girar, pero sin éxito cierto. Veíamos sobre todo, en la atención que en todas partes se dedicaba a estos fenómenos, una treta de la policía francesa para distraer el espíritu público de las vergüenzas del gobierno. En ello estábamos cuando Mme. de Girardin vino a Jersey para visitar a Víctor Hugo. Llegó el martes 6 de septiembre de 1853.

“Nos habló de las mesas. No solamente giraban: hablaban también. Se convenía con ellas que los golpes que diesen serían las letras del alfabeto y que se escribiría la letra en la cual se detuviesen. Así se obtenían, letra por letra y palabra por palabra, frases y páginas enteras. Nosotros vimos en esto una paradoja del encantador ingenio de Mme. de Girardin. Tan es así que el miércoles, mientras trataba de hacer hablar a una mesa con Víctor Hugo, en el comedor, nosotros permanecimos en el salón. La mesa no habló. Mme. de Girardin dijo que el fracaso se debía a que la mesa era cuadrada y que se precisaba una redonda. No la teníamos. El jueves, ella misma trajo una mesita

redonda de tres patas que había comprado en Saint Héher en un bazar de juguetes. Al día siguiente volvió a probar sin éxito. Yo, particularmente, creía tan poco en las mesas que hablaban, que me fui a acostar en cuanto se pusieron a la mesa. El sábado, Víctor Hugo y Mme. de Girardin cenaron en casa de un señor de Jersey, M. Gordfray. Mme. de Girardin. volvió a probar, pero inútilmente. El domingo por la noche he aquí lo que aconteció.

ACTA

"Asistentes Madame de Girardin, Madame Víctor Hugo, Víctor Hugo, Carlos Hugo, Francisco Víctor Hugo, señorita Hugo, General Le Fló, Madame de Treveneue, Augusto Vacquerie.

Mme. de Girardin y Augusto Vacquerie se ponen a la mesa, colocando la mesita redonda encima de una mesa grande cuadrada. Al cabo de algunos minutos la mesa se estremece.

Mme. de Girardin: ¿Quién eres? (La mesa levanta un pie y no lo baja).

Mme. de Girardin: ¿Hay algo que te molesta? Si es así, da un golpe; si no, dos golpes, la mesa da un golpe). Mme. de Girardin: ¿Qué? -Rombo.

(En efecto, estábamos formado un rombo, colocados a ambos lados de un ángulo de la mesa grande).

(La mesa se agita. va y viene, rehúsa contestar. Yo me separo de la mesa. El General Le Fló ocupa mi lugar.

En la mesa Carlos Hugo y el General Le Fló).
El general Le Fló: -Dime el nombre en que pienso.
Mine, de Girardin, al mismo tiempo: -¿Quién eres?
-Hija.

(El General Le Fló no pensaba en su hija. Yo pienso en mi sobrino Ernesto y pregunto:)
-¿En quién pienso?
-Muerta.
Mme. de Girardin, muy emocionada:
¿Hija muerta? (Yo vuelvo a decir:)
-¿En quién pienso?
-Muerta.
(Todos piensan en la hija que Víctor Hugo ha perdido).
Mme. de Girardin: -¿Quién eres?
-Ame soror
(Mme. de Girardin había perdido a una hermana. La mesa dijo soror, en latín para decir que ¿era hermana de un hombre?).
El General Le Fló: -Carlos Hugo y yo, que tenemos la mesa, hemos perdido una hermana cada uno. ¿De quién eres hermana?
-Duda.
El General Le Fló: -¿Tu país?
-Francia.
El General Le Fló: -¿Tu ciudad?
(Ninguna respuesta. Todos sentimos la presencia de la muerte. Todo el mundo llora).
Víctor Hugo: -¿Eres feliz?
-Sí
Víctor Hugo: -¿Dónde estás?

-Luz.

Víctor Hugo: -¿Qué hay que hacer para ir a ti?

-Amar.

(A partir de este momento, en que todos estamos emocionados, la mesa, como si se viera comprendida, ya no vacila más. En cuanto se la interroga responde inmediatamente. Cuando tardamos en hacerle una pregunta se agita y va de derecha a la izquierda).

Mme. de Girardin: ¿Quién te envía?

-Buen Dios.

Mme. de Girardin, muy emocionada: -Habla tú misma. ¿Tienes algo que decirnos?

-Sufrid para el otro mundo.

Yo no estaba convencido en absoluto. No es que creyese precisamente que Mme. de Girardin se burlaba de nosotros y daba voluntariamente los golpes. Pero yo me decía que a fuerza de deseo y de tensión de espíritu, podía dar a su mano una presión involuntaria.

Vamos a buscar otra, mesa, sobre la cual colocamos la pequeña. Mme. de Girardin y Carlos Hugo se colocan de manera que cortan la mesa-soporte en ángulo recto. La mesa se agita. El General Le Fló: Dime qué pienso.

-Fidelidad.

(El General Le Fló pensaba en su mujer. Yo estaba algo menos convencido. Me parecía tan ingenioso y espiritual responder “fidelidad” a un marido que piensa en su esposa, que atribuía la respuesta a Mme. de Girardin).

Víctor Hugo escribe una palabra en un papel y lo coloca, cerrado, encima de la mesa.

Augusto Vacquerie: ¿Puedes decirme el nombre escrito ahí dentro?

-No

Víctor Hugo: -¿Por qué?

-Papel.

Todas estas respuestas comenzaban a extrañarnos un Poco. Para estar más seguro que no era Mme. de Girardin quien actuaba, solicito ponerme a la mesa con Carlos Hugo. Me pongo con él. La mesa se mueve.

Pienso en un nombre y digo:

¿Cuál es el nombre en que pienso?

-Hugo.

En efecto, éste era el nombre. En este momento empecé a creer. Hacía un rato que Mme. de Girardin estaba emocionada y nos decía que no perdiéramos el tiempo con preguntas pueriles. Presentía una gran aparición, pero nosotros, que dudábamos, nos obstinamos en desafiar a la mesa a que respondiese a palabras escritas o pensadas.

Mme. de Girardin: -¿Te burlas de nosotros?

-Sí.

Mme: -¿Por qué?

-Absurdo.

Mme. de Girardin: -Pues bien, habla tú mismo.

-Molestia.

Mme. de Girardin: -¿Qué te molesta?

-Uno solo.

Mme. de Girardin. -Nómbralo.

-Rubio

En efecto, Mr. de Tréveneue, muy rubio, era el más incrédulo de nosotros.

Mme. de Girardin: -¿Quieres que salga?

-No.

Víctor Hugo: -¿Ves el sufrimiento de los que te aman?

-Sí.

Mme. de Girardin: -¿Sufrirán mucho tiempo?

-No.

Mme. de Girardin: -¿Regresarán pronto a Francia?

(No contesta).

Víctor Hugo: -¿Depende de ellos que puedas volver?

-No.

Víctor Hugo: -Pero, ¿volverás?

-Si.

Víctor Hugo: -¿Pronto?

-Si.

(Terminado a la una y media de la madrugada).

Nota: Todo lo que antecede ha sido escrito inmediatamente después de la sesión por Augusto Vacquerie. A partir de este día decidimos escribir las respuestas de la mesa en el mismo momento en que se producían y todas las actas siguientes fueron recogidas durante el transcurso de las sesiones mismas".

ALGUNAS RESPUESTAS MEDIUMNICAS

Julio Bois en su importante libro *Le mirage modere* hace un detenido estudio acerca de Víctor Hugo espiritista. Dice que el poeta abrazó el Espiritismo el 6 de septiembre de 1855, en Jersey, teniendo como iniciadora a Emilia de Girardin. El médium de las sesiones a las que asistía Hugo era su hijo Carlos. Este no sabía inglés, sin embargo un día llegó un británico que tenía deseos de relacionarse con Lord Byron. Esta entidad espiritual no se hizo esperar, la cual respondió así:

Vex not the bard, his lyve broken, His lasta son sung, his last word spanen.

Prosiguiendo el poeta con estos trabajos tiptológicos, consiguió que Esquilo se expresara en admirables versos del modo siguiente:

“No, el hombre no será jamás libre en la tierra. Es el triste cautivo del bien, del mal, de lo bello. Por ley del misterio, no puede gozar de libertad sino cuando se convierte en prisionero del sepulcro. Fatalidad, león por el cual el alma es devorada, yo he querido dominarte con ciclópeo brazo, he querido llevar sobre mi espalda atigrada piel y me gustaba que de mí dijeran: “Esquilo nemeo”. No lo conseguí; la fiera humana destroza aún nuestras carnes con sus garras eternas; el corazón del hombre está lleno todavía de gritos de odio, y esta fosa de leones no tiene Daniel. Después de mí vino Shakespeare, vio las tres brujas,

¡oh, Nemea!, llegar del fondo de la selva y verter en nuestros corazones sus revueltas calderas, los filtros monstruosos del inmenso secreto.

Después de mí, el domador, llegó el cazador a esta gran selva del límite del mundo. Y como mirara en su alma profunda, Macbeth gritó: “Huyamos”, y Hamlet dijo: “Tengo miedo”. Se salvó. Moliére apareció entonces en el lindero y dijo: “Veamos si mi alma desfallece. Comendador, ven a cenar”. Pero en el festín de piedra, Moliére temblo mientras palidecía don Juan. Mas, cualquiera que sea el espectro, la bruja o la sombra, eres siempre tú, león, con tu garra de hierro. Tú llenas de tal modo la gran selva sombría, que Dante te encuentra al entrar en el Infierno. Tú no eres dominado sino cuando la muerte devoradora te arranca con dientes el alma en pedazos, se apodera de ti en la selva profunda secular y te muestra con el dedo tu jaula: la tumba”.

Un día Víctor Hugo se dirigió al espíritu de Moliére en versos magníficos para decirle: “¿Los reyes y vos, allá arriba, cambiáis de ropaje? ¿Luis XIV en el cielo no es criado tuyo?, ¿Francisco I es el loco de Triboulet?, ¿Creso es lacayo de Esopo?”

Moliére no respondió, lo hizo en cambio una entidad espiritual llamada La Sombra del Sepulcro diciendo: “El cielo no castiga con semejantes artificios y no convierte en loco a Francisco I. El infierno no es un baile de grotescas comparsas en el cual el negro castigo seria el sastre”.

El poeta no quedó satisfecho con la respuesta. Pero otro día las entidades invisibles le pidieron que

las interrogaran en verso. Víctor Hugo declaró “que no sabía improvisar de esa manera”, por cuya causa solicitó que se aplazase la reunión mediúmnica. Al día siguiente, al dictar Moliére tiptológicamente su nombre, el poeta contestó recitando con severo acento los versos siguientes (5):

Oh, tú, que la manopla de Shakespeare recogiste,
Que cerca de su
Otelo tu Alcestes
esculpiste, Sombrío
de pasión!
¡Oh, sol, que
resplandeces en doble
espacio y vuelo; Poeta
desde el Louvre, y
arcángel en el cielo! Tu
espléndida visita honora
mi mansión.
¿Me tenderás arriba tu hospitalaria mano?
Que caven en el césped mi fosa: sin pesar.
Sin miedo la
contemplo; la tumba no
es arcano; Yo sé que en
ella encuentra prisión el
cuerpo vano. Mas sé
también que el alma sus
alas ha de hallar.

Moliére empero no respondió. “Le Journal” del 20 de julio de 1899, dice que hubo expectación y que respondió nuevamente La Sombra del Sepulcro, cuya respuesta no puede leerse sin sentirse uno admirado

por su irónica grandeza. He aquí el verso dictado tiptológicamente:

¡Espíritu que quieres saber nuestro secreto.
Que en tus tinieblas
alzas la antorcha
terrenal. Que a tientas y
furtivo, pretendes
indiscreto.

Forzar la inmensa tumba, ¡la puerta funeral!
¡Retorna a tu silencio y apaga tus candelas!;
Retorna hacia la noche profunda en donde velas,
Dejando algunas veces tu densa oscuridad;
Los ojos terrenales, aún vivos, aun abiertos,
No leen por
encima del hombro
de los muertos ¡La
augusta eternidad!

Víctor Hugo al verse tan duramente tratado, reprochó a la entidad comunicante diciéndole que empleaba expresiones simbólicas. La Sombra del Sepulcro le respondió así:

"¡Imprudente! Exclamas: La Sombra del Sepulcro habla la lengua mundana, emplea imágenes bíblicas, se sirve de palabras, metáforas, fábulas, para decir la verdad. La Sombra del Sepulcro no es una ficción, sino una realidad. Si desciendo a hablar vuestra jerga en que lo sublime consiste en armar algún estruendo, es porque sois insignificantes. La palabra es una cadena del espíritu; la imagen, la argolla del pensamiento; vuestro ideal, el grillete del alma; vuestra sublimidad,

un fondo de mazmorra; vuestro cielo, la bóveda de una gruta; vuestra lengua, un ruido encuadernado en un diccionario. Mi lenguaje es la Inmensidad, el Océano, el Huracán. Mi biblioteca contiene millares de estrellas, millares de planetas y constelaciones. Si quieres que te hable en mi lenguaje, sube al Sinaí y me oirás en los rayos; sube al Calvario y me verás en los relámpagos; baja a la tumba y me sentirás en la clemencia."

Es una carta que en 1855 dirigió a Emilia de Girardin el poeta escribía: "Las mesas nos dicen cosas sorprendentes. Todo un sistema casi cosmogónico por mi pensado y escrito en veinte años ha sido confirmado con largueza magnífica. Vivimos aquí en un "horizonte" misterioso que cambia la perspectiva del destierro y pensamos en quién debemos esta ventana abierta". Las mesas nos imponen el silencio y el secreto".

Ausente de Jersey madame de Girardin, el poeta continuó con su familia las relaciones espirituales con el mundo invisible. Esta tarea la dejó relatada en varios cuadernos que más tarde su amigo, el gran astrónomo

Camilo Flammarión, pudo revisar y de los cuales publicó algunos fragmentos en "Les Annales Politiques et Litteraire" del 7 de mayo de 1899, en donde el autor de Urania decía lo siguiente: "Mme. Víctor Hugo y su hijo Francisco estaban casi siempre a la mesa. Vaquerie y algunos otros solo se acercaban alternativamente. Hugo, jamás. Desempeñaba el empleo de secretario escribiendo aparte, en hojas sueltas, los dictados de la mesa.

Esta, consultada, anunciaba generalmente la presencia de poetas, de autores dramáticos y de otros personajes célebres, tales como Moliére, Shakespeare, Galileo, etcétera. Pero la mayor parte de las veces, siempre que se le interrogaba, en lugar del nombre esperado la mesa daba el de un ser imaginario; por ejemplo éste, que se repite con frecuencia: “La Sombra del Sepulcro”.

El conocimiento de casos de literatura de ultratumba se ha multiplicado por la obra realizada por autores serios y responsables. En Italia, el extraordinario investigador metapsíquico Ernesto Bozzano se dedicó al análisis de este género literario, lo que puede verse en su notable monografía intitulada “Literatura de Ultratumba”. Ahora bien ¿no serán acaso estos asombrosos fenómenos mediámnico-literarios un nuevo camino de Damasco para reencontrar a Dios y el Espíritu?

VÍCTOR HUGO Y LAS EXISTENCIAS SUCESIVAS DEL SER

El autor de *Las Contemplaciones* no era un negador de las vidas sucesivas del alma: por el contrario, creía en ellas como en una infinita teoría a través de la cual el Ser pasando de un lejano histórico a un nuevo tiempo se engrandece espiritualmente. Se sentía protagonista en la gran evolución palingenésica de la humanidad; por eso las distintas edades del pasado repercutían vivamente en su sensibilidad poética. La visión cosmológica que poseía lo aproximaba al pensamiento de Camilo Flammarión, quien proclamó la doctrina de la pluralidad de mundos habitados en relación con la pluralidad de las existencias del alma. El universo era para el poeta un escenario en el cual el Espíritu actúa para escalar las gradas de lo infinito. Aceptaba por eso la concepción kardeciana resumida en este lema: "Nacer, morir y renacer y progresar siempre, tal es la ley". En este aspecto Víctor Hugo coincidía con grandes poetas como Goethe, Whitman, Lamartine, Emerson y otros que fueron colocados por sus ideas palingenésicas bajo el signo de la Cruz Ansata.

Cuando el poeta dijo: "La cuna tiene un ayer y la tumba un mañana", hizo pública declaración de sus ideas filosóficas basadas en la reencarnación. Su genio inmenso y omniabarcante no resistía las limitaciones de una sola existencia para el alma. No obstante las interpretaciones teológicas, Hugo creía que Jesús había hablado de un hombre palingenésico

cuando, dirigiéndose a Nicodemo, dijo: Os es necesario nacer otra vez.

Leer su estudio sobre *Las Almas* es ver cómo el poeta se introdujo en el drama de los espíritus cuyas características particulares, tan disímiles entre sí, patentizan los variados desenvolvimientos de cada ser, lo que revela el proceso palingenésico vivido por cada alma. Para Víctor Hugo el hombre no es un compuesto físico-químico que al descomponerse se pierde en la nada. Concebía al hombre como un espíritu reencarnado que trae su historial originado en vidas anteriores. La poesía en este sentido se revela como una acumulación de elevadas virtudes morales que se transforman en armonía y belleza. Porque la belleza para el poeta palingenésico es una expresión superior del Ser, por medio de la cual penetra en la esencia religiosa de todo lo creado. El hombre entra y sale del proceso histórico mediante la ley de los renacimientos y. a medida que se desprende del mundo material, se consubstancia con la realidad del Espíritu inmortal.

Víctor Hugo militaba en esa legión de espíritus iluminados a la cual pertenecían José Mazzini, Emilio Castelar, José Garibaldi, José Pi y Margal, los que se inspiraron moral y socialmente en las ideas palingenésicas. Pero en Hugo la intuición que le hizo comprender que "la cuna tiene un ayer y la tumba un mañana", se expresó con sonoridades enraizadas en lo cósmico y lo divino. Su genio poético le permitió sentir la presencia del pasado palingenésico tal como lo percibió en Tierra Santa Alfonso de Lamartine. En

efecto, fue allí donde el autor de *Jocelyn* recordó una vida anterior relacionada con los tiempos apostólicos.

Víctor Hugo confirió sus convicciones palingenésicas al final de sus días, al expresar lo siguiente: “Hace medio siglo que escribo en prosa y en verso: historia, filosofía, drama, novela, leyenda, sátira, oda, canción, todo lo he ensayado y solo he podido decir la milésima parte de lo que siento en mí. Cuando yazga en la tumba, diré: “terminé mi jornada” y no “terminé mi vida”. Mi existencia comenzará de nuevo al otro día. La tumba no es un callejón sin salida, sino una avenida. Mi obra es solo un principio y la sed de infinito prueba que existe lo Infinito.

‘Soy hombre pero soy una chispa divina que, insignificante como soy, me siento Dios porque yo también pongo orden en mi caos interior.

“Viviré mil vidas futuras, continuaré mi obra, escalaré de siglo en siglo todas las rocas, todos los peligros, todos los amores, todas las pasiones, todas las angustias y después de miles de ascensiones, librado, transformado mi espíritu volverá a su fuente, uniéndose con la realidad absoluta, como el rayo de luz vuelve al Sol.”

El gran poeta francés era un lírico profundamente religioso; de ahí sus ímpetus por una vida eterna y palingenésicamente renovada. Como tantos otros genios poéticos se adhirió a la concepción de un ser infinito y espiritual que nace, muere y renace. Su espíritu anhelaba “un entrar y salir” en la humanidad a fin de participar existencialmente en todos los procesos

históricos y sentirse protagonista en todos los episodios de la historia universal.

Este misterio palingenésico del hombre y el universo es lo que pondrá de manifiesto la Nueva Poesía, la excelsa Gaya Ciencia de los grandes poemas humanos y sobrehumanos. La Nueva Poesía tal como la sintieron Hugo, Whitman, Goethe, Nervo, Capdevila y tantos ilustres poetas más le revelará a la humanidad que sin "vidas sucesivas" del Ser todo estará desvinculado en el gran proceso de la Creación. En cambio, con un hombre palingenésico, con un Ser que nace, muere y renace, todo se une y enlaza en el universo. La historia se presenta como un proceso universal determinado por el "proceso individual" de los espíritus reencarnados. Y Víctor Hugo cantó ese constante renacimiento de las almas para que el hombre comprenda que él está siempre presente en los vastos escenarios de la historia.

En el poema *El aparecido* de su libro *Las Contemplaciones* la idea del regreso palingenésico de los espíritus está dramáticamente descrita. Se refiere a una madre que feliz y contenta adoraba a su hijito, con quien soñaba un venturoso porvenir. Pero un día, dice el poeta, que "ese gavilán que se llama el croup penetró bruscamente en aquella morada feliz, y arrojándose sobre el niño, le cogió por la garganta". La infortunada madre al verse sin su adorado hijo, destrozado por las garras de la muerte "permaneció tres meses inmóvil, con las miradas fijas, murmurando un nombre ininteligible y mirando siempre en la misma parte de la pared".

Más adelante el poema continúa: “Transcurrió el tiempo; pasaron días, semanas y meses, y luego aquella mujer conoció que iba a ser madre por segunda vez”.

Cuando advino al mundo el nuevo niño, la madre “palideció y lanzó un grito: -¿Quién es este ser extraño? exclamó. Después cayendo de rodillas, añadió: -“¡No, no lo quiero; tendrías celos, mi querido dormido, y me harías cargos, porque creerías que te habría olvidado y que otro ocupaba tu lugar; mi madre le quiere, le encuentra hermoso, se ríe con él y le besa; pero yo, yo estoy en la tumba! ¡No lo quiero, no¡ Así le hacía hablar su dolor profundo”.

“Cuando amaneció -prosigue el poema-, al ver su esposo que era padre de otro hijo, exclamó alborozado: ¡Es niño! Pero el esposo era el único que estaba alegre en la casa; la madre permaneció estando triste, sin olvidar un instante al otro niño muerto. Le trajeron al recién nacido, dejó que se lo acercasen y lo acercó a su pecho; pero de pronto, pensando sin cesar menos en el nuevo hijo que en el perdido, preocupándose menos de sus mantillas que del sudario, exclamó:

-¡Aquel ángel está solo en el sepulcro! Pero por un milagro que le devolvió la dicha, oyó aquella madre que el recién nacido hablaba en sus brazos con voz que le era muy conocida, y que le decía muy bajo: ¡Soy yo!. . .,¡pero no lo digas!”

En efecto, el primer niño fallecido había regresado por la gran ley de la reencarnación. El ser llorado e

invocado tan desesperadamente había vuelto a las entrañas de su madre y a través de ellas había renacido para calmar su dolor y proseguir así su ciclo de crecimiento espiritual.

Con este poema Víctor Hugo venció las negruras de la tumba y le dijo a la cultura filosófica de su tiempo que el hombre es una entidad inmortal que “encarna y desencarna” a fin de alcanzar estados superiores y divinos. De ahí que en ese mismo poema le dio a la maternidad un nuevo significado filosófico y religioso, cuando expresa: “¡Oh, madres! La cuna comienza con la tumba. La eternidad encierra más de un divino secreto”.

DOS SENTENCIAS QUE RESUMEN EL SENTIR FILOSOFICO DEL POETA

No en vano Víctor Hugo fue un destacado propulsor del romanticismo espiritualista en Francia. Su genio poético solo podía desarrollarse y nutrirse en una corriente literaria trascendente y espiritual, ya que a través de ella es como pudo penetrar en las llamadas "reminiscencias platónicas" y en esas "lejanías del alma" en las cuales solo puede internarse el poeta palingenésico.

El romanticismo es como una evasión del ser de este mundo objetivado. José Ferrater Mora, el autor del Diccionario de Filosofía, al referirse al romanticismo dice: "Por eso en el movimiento romántico existe, junto con una decidida preocupación por lo oculto y ausente, una resurrección de lo religioso, una concepción de la historia como el drama del hombre y su destino y, en última instancia, como una revelación de Dios en el ser finito del mundo".

Víctor Hugo, en efecto, sintió en toda su existencia como un llamado profundo surgido de lo ausente, de las lejanías históricas donde el alma dejó grabada sus huellas. Comprende que todo habla en la Creación y que el pasado, el presente y el futuro se enlazan armoniosamente y que en cada uno de los períodos del devenir del Ser la esencia del alma reconstruye el pasado para resonar sobre el presente y proyectarse sobre su futuro existencial.

Una de sus sentencias más profundas, como hemos ya visto, dejó nítidamente expresado su sentir palingenésico al decir: “La cuna tiene un ayer y la tumba un mañana”; de ahí que las bases de su romanticismo sean netamente palingenésicas. En el llamado “romanticismo de Jena”, la poesía se manifestó como un grifo abierto cuyas aguas provienen de mapas espirituales relacionadas con las reencarnaciones de las almas. Poetas como Schelling, Hélderlin, Novalis, Tieck y otros más vivieron poseídos por la idea de lo ausente y lo lejano cuya raíz se hunde en los abismos espirituales del Ser, es decir, en lejanas vidas donde sus espíritus cantaron y lloraron sin ser jamás enmudecidos por la muerte.

Víctor Hugo vivió sintiendo en sí mismo ese imperativo palingenésico el cual el genio poético del siglo pasado percibió como una nueva revelación espiritual. La poesía fue, es y será siempre palingenésica; ella, aunque la crítica se oponga a ese concepto, será siempre una llama de fuego para alumbrar los lejanos días de las edades. Porque la poesía es un fluir de lo interno a lo externo, es decir, de esa vida profunda e inmortal que da ser y persona a todo lo que existe.

El poeta de *Los Miserables* al referirse al verdadero hombre expresaba: “El cuerpo humano podría bien no ser sino una apariencia, él cubre nuestra realidad; él se interpone sobre nuestra luz o sobre nuestra sombra: la realidad del alma. Claramente hablando, nuestra cara es una careta. El verdadero hombre es el que está detrás del hombre. Sí

se apercibe bien ese hombre oculto y guarecido detrás de esa ilusión que se llama la carne, se tendría más de una sorpresa”.

El ser encarnado, mejor dicho reencarnado, era para Hugo una apariencia existencial cuya realidad está en la esencia espiritual que determina los más variados fenómenos de la historia. Al proceso visible lo consideraba una urdimbre cuyo origen está en lo invisible. De este modo la poesía de Víctor Hugo fue como la entrada en un nuevo mundo religioso donde los espíritus son las palancas invisibles de todo lo que en forma visible se manifiesta.

La existencia espiritual desencarnada que el poeta aceptaba coincidía con la idea de persona en el Ser, o sea con ese hombre de carne y hueso inmortal de Miguel de Unamuno. El Espíritu en su condición de ser desencarnado no es una abstracción indefinida, como aún lo concibe el espiritualismo clásico. La vida del Ser en lo eterno posee para Hugo un periespíritu objetivo, es decir que es una realidad viviente con un yo personal que actúa en lo material desde los planos invisibles.

Así lo dejó expresado en la reflexión siguiente: “La mariposa es el gusano metamorfoseado. Y tanto el gusano como cada parte del ser que se arrastre, lo halla el análisis en el ser alado, pero la metamorfosis es tan completa que se cree ver una nueva criatura. Del mismo modo en nuestra existencia de ultratumba, no seremos puros espíritus porque estas palabras vacías son de sentido, así para la razón como para la imaginación.

“¿Qué es una vida sin los órganos de la vida?, ¿Qué define y qué la fija? Pero nosotros tendremos verosímilmente otro cuerpo, radiante, divino y por decirlo así, espiritual que será la transformación de nuestro cuerpo terrestre.”

La realidad espiritual del hombre era para el poeta objetivamente existencial y no una abstracción, pues la vida de ultratumba es para Hugo como una cima alta e inmensa en la cual el Espíritu se resume dialécticamente; por eso dijo: “Todos los seres son, fueron y serán”.

El otro pensamiento del poeta expresa: “Los muertos son los invisibles y no los ausentes”. Con esta sentencia unió las palingenesias de las almas con la inmortalidad de sus eternas naturalezas. Sintió por eso la presencia del mundo invisible como una realidad inteligente y comunicante. El mundo invisible era para Víctor Hugo el mundo de los espíritus, tal como está diseñado en la obra de Alían Kardec. Su vida íntima nunca estuvo rodeada de soledad y de vacío. La soledad en Hugo era como un médium que le permitía entrar en relación con los mal llamados muertos, pues como gran poeta romántico que era no creía en el silencio aterrador de las tumbas. Él sabía por el fenómeno poético que diariamente experimentaba que es en lo invisible donde viven nuestros seres queridos con sus cuerpos espirituales, sus pasiones y sus amores esperando la oportunidad para revelarnos sus innegables identificaciones. Porque si “los muertos son los invisibles y no los ausentes”, como el poeta decía, la humanidad está entrelazada con la vida de los

muertos, tal como lo demuestra ahora la filosofía espirita.

En los archivos de *La Revue Spirite,* de Paris, se encontró un trabajo de León Denis en el cual se refería a Víctor Hugo y a su captación del mundo invisible del cual entresacamos lo siguiente: Louis Barthon, de la Academia Francesa,después de consultar los *Apuntes* inéditos del poeta, escribió en la “Revue de Deux

Mondes” (número 15 de diciembre de 1918. páginas 751 y 757) lo que vamos a transcribir: “Mme. Emilia de Girardin habiendo ido a pasar diez días en Jersey, introdujo allí la práctica de las mesas giratorias y parlantes”. Como se sabe, Víctor Hugo fue el último en ceder ante este fenómeno mediúmnico. Pero desde que ellas (las mesas) lograron atraerlo, las entidades comunicantes no lo abandonaron nunca, ejerciendo sobre su pensamiento influencias espirituales revolucionarais.

“Continúa diciendo Louis Barthon que en la noche del 30 de marzo de 1857 el poeta percibe la noción de una nueva concepción metafísica, la que describe con fecha 24 de octubre de 1873 en su cuaderno de apuntes. Veamos cómo capta la presencia de lo invisible a través de su propia relación: “Esa noche yo no dormía. Era alrededor de las tres de la madrugada. Un golpe seco, muy fuerte se produjo a los pies de mi cama, contra la puerta de mi habitación. Pensé en mi hija muerta y dije para mí: ¿Eres tú? Pues yo pensaba en el complot bonapartista, según se hablaba, en un nuevo dos de diciembre posible, y me preguntaba: ¿Es

una advertencia? Y añadía mentalmente: Si eres realmente tú que estás ahí, y si vienes a advertirme en ocasión de ese complot, golpea dos veces. Y escucho transcurriendo alrededor de media hora. La noche era profunda y todo silencio en la casa. De repente se dejan oír dos golpes contra la puerta. Esta vez eran sordos pero distintamente y muy netos.”

Luois Barthon prosigue su relato así: “El 21 de noviembre de 1874 Víctor Hugo escribía lo siguiente: « Esta noche desperté y percibí en el oído, muy cerca de mí, en mi cabecera, sordos golpecitos. Eran lentos y regulares, lo que duró un cuarto de hora. Yo escuchaba, y no cesaban. Por eso oré; cuando cesaron, dije: Si eres tú mi hija, o tú mi hijo, da dos golpes. Al cabo de diez minutos, más o menos, dos golpes se dieron, pero contra la pared cercana de la cama. Mentalmente dije: ¿Es un consejo lo que tú traes? ¿Debo abandonar Paris? ¿Debo permanecer? Si debo quedarme, da un golpe; si debo partir, da tres golpes. ¡Escucho! Ninguna respuesta aún. Me quedo dormido. El fenómeno dura casi una hora».”

“En el cuaderno de apuntes del poeta, con fecha 22 de noviembre de 1874, se lee lo siguiente: «Esta noche escuché tres golpes. ¿Será la respuesta a la pregunta de ayer? Sería un poco clara al ser tan demorada».”

León Denis dice que en el mismo cuaderno se mencionan apuntes nocturnos de carácter mediúmnico, tan pronto obstinados, sordos y aún metálicos como dulces, los que conmueven tanto al poeta que terminó por creer en la posibilidad de un

pronunciamiento bonapartista del cual él sería la primera víctima (ver La Revue Spirite de marzo-abril de 1952).

Agrega Denis que en la página 157 del cuaderno se lee: “Esta noche, hacia las dos, sentí golpeteos en mi puerta, que la he abierto, sin que persona alguna hubiera allí en forma evidente. Credo in Deum eternum et in animan inmortalem”.

Como se verá, los fenómenos mediúmnicos experimentados por Víctor Hugo no son huecos ni intranscendentes. Tienen la virtud de haber elevado el alma del poeta hacia Dios y de hacerle creer en el alma inmortal. Este mismo hecho se operó en el ánimo de su compatriota Gabriel Marcel, el distinguido filósofo católico, en quien los fenómenos mediúmnicos influyeron notablemente en la elaboración de su pensamiento filosófico. De ahí que Víctor Hugo no se equivocó cuando dijo: “Evitar el fenómeno espiritista es hacerle bancarrota a la verdad”.

UNA ALOCUCION PALINGENESICA A MATERIALISTAS Y ATEOS

Después de una comida brindada por Víctor Hugo a sus amigos fue invitado a que expresara su pensamiento. Entre los comensales se hallaban ateos, agnósticos y materialistas, pero a pesar de ello el poeta derramó el perfume poético y filosófico de sus ideas espirituales. Como siempre sus alas de águila se abrieron por encima de todos y de su boca brotaron los más excelsos conceptos, los cuales fueron recogidos por el ilustre poeta Arsenio Houssaye (6). El autor de *Los Miserables* respondió al pedido así:

"¿Quién puede decirnos que yo no vuelva encontrarme en los siglos futuros? Shakespeare escribió: «La vida es un cuento de hadas que se lee por segunda vez». ¡Habría podido decir por milésima vez! Porque no hay siglo por el cual no vea yo pasar mi sombra".

"Vosotros no creéis en las personalidades movientes, es decir en las reencarnaciones, con el pretexto de que no recordáis nada de vuestras existencias anteriores, pero ¿cómo el recuerdo de los siglos desvanecidos podría quedar imprimido en vosotros, cuando vosotros no recordáis nada de las mil y una escenas de vuestra vida presente? ¡Desde 1802 he tenido en mi diez Víctor Hugo! ¿Creéis vosotros que recuerdo de todas sus acciones y de todos sus pensamientos?

“Cuando haya atravesado la tumba para volver a encontrar otra luz, todos esos Víctor Hugo me serán un poco extraños, ¡pero ésta será siempre la misma alma!”.

“Siento en mí toda una vida nueva, toda una vida futura; soy como la selva que muchas veces se ha derribado: los jóvenes retoños son cada vez más fuertes y vivaces. Yo subo, subo, subo hacia el infinito. Todo es radiante sobre mi frente, la tierra me da su savia generosa, pero el cielo me ilumina con el reflejo de los mundos entrevistos”.

“Decís vosotros que el alma es la expresión de las fuerzas corporales: ¿Por qué entonces mi alma es más luminosa, cuando las fuerzas corporales irán pronto a abandonarme? El invierno está sobre mi cabeza, la primavera eterna está en mi alma; aspiro aquí en esta hora las lilas y las rosas como hace veinte años. A medida que me aproximo a mi blanco, mejor escucho a mí alrededor las inmortales sinfonías de los mundos que me llaman. Es maravilloso y sencillo. Es un cuento de hadas, pero es una historia”.

“Todo un medio siglo hace que escribo mi pensamiento en prosa y en verso, historia y filosofía, drama, novela, leyenda, sátira, oda, canción; lo he tratado todo, pero siento que no he dicho más que la millonésima parte de lo que es mío. Cuando me acueste en la tumba, podré decir, como tantos otros: ¡He terminado mi jornada! Pero no diré que he terminado mi vida. Mi jornada recomenzará al otro día, a la mañana. La tumba no es un callejón sin salida; es

una avenida: ésta se cierra en el crepúsculo y se vuelve a abrir en la aurora"

.

"Si yo no pierdo una hora es porque amo este mundo como a una patria, porque la verdad me atormenta, como le atormentó a Voltaire, ese Dios humano. Mi obra no es más que un comienzo; mi monumento apenas salió de la tierra; yo quisiera verlo subir aún, subir siempre. La sed de infinito prueba el infinito. ¿Qué decís vosotros señores ateos?"

"Escuchadme, el hombre no es más que un infinitamente pequeño ejemplar de Dios, la edición en 32 del infolio gigantesco, pero el mismo libro. ¡Gloria inaudita para el hombre! Yo soy el hombre, yo, una partícula invisible, una gota del océano, un grano de arena de la playa. Con todo lo pequeño que soy, me siento Dios porque yo también desembrollo el caos que está en mí. Yo hago libros -quiero decir ensueños- que son los mundos. ¡Oh!, hablo sin orgullo porque ya no tengo más vanidad que la hormiga que edificó Babilonia, ni vanidad como el más pequeño de los pájaros que canta en el coro universal".

"Yo no soy nada. Yace aquí Víctor Hugo, un abismo, un eco que pasa, una nube que fue, una ola que muere en la playa. Yo no soy nada, pero dejadme continuar mi obra comenzada; dejadme trepar de siglo en siglo todas las rocas, todos los peligros, todos los amores, todas las pasiones, todas las angustias. ¡Quién os dice que un día, después de mil y mil ascensiones, no habría yo, como todos los hombres de buena voluntad, conquistando un puesto de ministro en

el Supremo Consejo de ese adorable tirano que se llama Dios."

Como vemos, Víctor Hugo habló de personalidades movientes, es decir de seres dinámicos que, sobrepasando las tinieblas del sepulcro, avanzan hacia el verdadero Ser, hacia la adquisición de la soberana persona espiritual. Esas personalidades movientes señaladas por el poeta representan la evolución palingenésica del Espíritu que, como estamos viendo, constituye la base de su obra poética y filosófica.

Se reconoce él mismo en una serie de Víctor Hugo que viene ascendiendo a través de la historia espiritual del Ser. La perenne evolución de su Espíritu lo aproximó a Dios hasta vencer las tinieblas de la nada y de la muerte. Esta catarsis no la experimentó Jean-Paul Sartre y el existencialismo ateo que él encabeza, pues solo el Espíritu como entidad palingenésica podrá darle al hombre moderno el verdadero Existencialismo: la Existencia basada en las existencias sucesivas del alma.

Frente a la nada Víctor Hugo proclamó la vida eterna; frente a la tumba aceptó la revelación mediúmnica de los Espíritus, cuya valoración filosófica y religiosa se encuentra en esa obra *El Libro de los Espíritus* de Allan Kardec.

En efecto, el poeta de las grandes iluminaciones espirituales era espiritista porque no pudo ser un espiritualista sin bases reales ni mediúmnicas. Fue espiritista porque comprobó que la muerte no aniquila

al hombre, cuyo espíritu inmortal y divino es quien rige los procesos del mundo material. Sintió la presencia de los muertos como una protección y una inspiración que eleva y transforma la condición humana. Rechazó el mundo estático y fijo para aceptar la filosofía de la vida universal concibiendo que almas y mundos se enlazan dialécticamente a causa de la ley palingenésica a la que todo está sometido.

Víctor Hugo fue el gigante de las visiones cósmicas, el poeta de los salmos y las odas que igualaron las más bellas páginas de los profetas bíblicos. Tenía en su espíritu la poesía y el saber de la filosofía espirita. Sintió en forma amplia los postulados de la ciencia del alma en relación con la ciencia del cielo. Fue así como comprendió que el Ser pasa de un mundo a otro mediante vidas y muertes sucesivas para transformarse en un colaborador del Plan Divino.

Del pensamiento filosófico y poético de Hugo se deduce que no habrá auténtico espiritualismo sin las bases mediúmnicas del Espiritismo. Toda verdadera concepción espiritualista deberá asentarse sobre la concepción revelada por el genio espiritual y religioso del mundo invisible. Para el poeta las manifestaciones mediúnmicas no eran el resultado de sombras larvadas, de residuos psíquicos del Ser ni de seductores demonios. Las manifestaciones para Víctor Hugo eran mensajes de los mundos inmateriales destinados a penetrar en la naturaleza humana para iluminarla por el amor y la belleza.

En su país otro genio poético de la palingenesia fue Alfonso de Lamartine, quien cantó la concepción

de las vidas sucesivas del alma. La historia espiritual que anima a sus dos libros: *La caída de un ángel* y de *Jocelyn* está entretejida por el amor de dos seres que se buscan a través de las edades. Lamartíne en su obra *Un viaje a Oriente* revela las reminiscencias palingenésicas de un lejano pasado. Dice así en uno de sus capítulos:

“Cuando visité la Judea no tenía a mano ni Biblia ni mapas, ni nada que me sirviera de indicación de lugares, ni siquiera una persona capaz de darme el nombre de los lugares, ni el antiguo de los valles y las montañas. A pesar de ello, reconocí enseguida el valle de Terebinto y el campo de batalla de Saúl. Cuando fuimos al convento, los padres me confirmaron la exactitud de mis previsiones. Mis compañeros quedaron admirados y apenas daban crédito a ello.

“En Sepliora, designé con el dedo y mencioné por su nombre una colina coronada por un castillo arruinado, como el lugar probable del nacimiento de la Virgen. Al día siguiente, al pie de una montaña árida, reconocí la tumba de los macabeos, en lo que dije verdad sin saberlo. Exceptuando los valles del Líbano, no he encontrado en Judea un lugar, o una cosa que no fuere para mí, como un recuerdo”

“¿Hemos vivido, pues, dos veces o mil? Nuestra memoria no es, quizás, más que una imagen dormida, que el soplo de Dios hace reanimar” (7)

Víctor Hugo y Alfonso de Lamartine coinciden en esta concepción palingenésica del Ser. Ambos poetas sentían “misteriosos estremecimientos” al encontrarse frente a ruinas antiguas; percibían cómo la sombra de

“otra sombra” se proyectaba sobre el presente. En efecto, estos genios de la Gaya Ciencia solo por la idea de la preexistencia de las almas pudieron alcanzar tan alto nivel lírico y religioso. Pues esto nos señala que la creación poética volverá a sus verdaderas fuentes cuando el poeta se reconozca como un ser que nace, muere y renace. En suma, la poesía palingenésica será la que despertará el alma encarnada de su sueño terrenal y la que le hará recordar sus vidas anteriores entretejidas de misteriosas lejanías espirituales.

COINCIDENCIAS IDEOLOGICAS CON JOSE GARIBALDI Y JOSE MAZZINI

Todo el léxico filosófico de Víctor Hugo se asemeja a ese tono dramático que poseen las comunicaciones mediúmnicas. Si se hiciera un estudio de las mejores páginas que constituyen la literatura mediúmnica se vería que ellas poseen el mismo estilo del gran poeta francés. El vate de Jersey parecería que estuvo de continuo en trance mediúmnico. Por eso su doctrina es la del infinito en donde el Ser se muestra como una partícula divina que electriza la esencia cósmica y universal. Mensajes psicográficos como los que presenta un libro intitulado "Símbolo o la Tumba Habla" (8) corroboran lo que expresamos. Hay en esa obra mediumnica páginas de un dramatismo espiritual que hacen pensar en el estilo Víctor-hugueano. Es que en lo invisible está el mundo de las almas donde lo grande y mayestático tienen sus raíces.

En efecto, la literatura mediúmnica no es convencional ni ficticia; por el contrario, brota de los abismos profundos de lo invisible, de las raíces mismas de lo inmaterial, donde el genio solo puede hablar el lenguaje de lo eterno. El poeta concebía en su cosmogonía a un hombre inmortal y predestinado y, como él decía, sabio, visionario, pensador, taumaturgo, navegante, arquitecto, mago, legislador, filósofo, héroe, poeta. De su ideología espiritual y poética se desprendía la misma teleología existencial de la codificación kardeciana. La idea del progreso infinito

privaba en el pensamiento de Hugo, pues el alma era para él un ser que viene al mundo por enésima vez y no una entidad biológica creada en el instante mismo de la concepción. Presintió siempre que una misteriosa preexistencia rige el destino del Espíritu; por eso se preguntaba: “¿Quién ha incubado esa águila?, ¿El abismo incubando al genio?, ¿Existe mayor enigma? ¿Habrán visto otros mundos las grandes almas que se adaptan transitoriamente a la tierra?, ¿Llegarán algunos por eso con tantas intuiciones?”

Así pues, presentía que el misterio histórico está entretejido por seres espirituales que le dan características personales a sus tiempos. Su genio se alzaba frente a esos seres mecánicos y vacíos cuando negaban la preexistencia de los espíritus. La defensa que hacía de la piedra, el búho, la flor, el patán y el ángel se basaba en la unidad espiritual de la creación. El pensamiento de Dios estaba para Hugo en todo lo existente, por eso nada ni nadie quedaría excluido del gran desenvolvimiento de la historia natural y divina. Su cosmovisión filosófica y religiosa respondía a la que le transmitieron los espíritus desencarnados durante su destierro en la isla de Jersey, o sea desde que Emilia de Girardin lo iniciara en las revelaciones de los trípodes mediúmnicos.

Su labor poética y literaria dejó de ser un artificio intrascendente como acontece cuando se escribe sin una visión espiritual de la vida. La obra de Víctor Hugo por sus raíces hundidas en lo eterno fue una defensa del hombre al considerarlo como un espíritu reencarnado en la tierra. Su creación poética se puso

de parte de la más grande revelación de los tiempos modernos; por eso dijo: “El Espiritismo es el acontecimiento más notable del siglo XIX”. Coincidió así con José Garibaldi cuando expresó: “Esta religión de la verdad y la ciencia se llama Espiritismo”. Su pensamiento también se relacionó con José Mazzini cuando éste escribió una página admirable para definir la misión de la doctrina espiritista. La transcribimos integra para información de nuestros lectores.

“El Espiritismo científico, esto es, el alma humana analizada experimentalmente en sus propiedades y manifestaciones, dará tan inesperados conocimientos en los estudios, que ante ellos quedarán atónitos, abismados y se derrumbarán todos los humanos edificios políticos y morales que hasta el presente han venido dominando”.

“Por la aplicación práctica de la resultante del estudio del Espiritismo, una nueva ética, pura, regenerada, potente, surgirá de la natura. Será el potentísimo credo que hará morir las más arraigadas instituciones político-religiosas que reinan sobre la tierra”.

“Por una más vasta y bien disciplinada apreciación de las leyes que rigen el universo, cambiará completamente la orientación de la ciencia, y el retruque inevitable que esto habrá de producir, afectará a todas las manifestaciones de la vida, que, entonces, se explicarán por la razón del más grande, del más santo de los conceptos: el del deber”.

“Esto es lo que soporta el Espiritismo. La lucha será áspera, fatigosa; pero la consecuencia es inevitable. De que valdrá que se confabulen en su contra todos los animales dañinos de la tierra: el más fuerte, el indomable Veltro avanza a grandes pasos, saturado de la sabiduría y de la fe de los sabios y de los héroes de todas las épocas, y con los fulgores de la ciencia positiva, cazará las fieras hasta en las lobregueces de su mundo interior”.

“Entonces soplará sobre la tierra auras de paz, de gozo; del pecho de los hombres surgirá espontáneo un himno de loanza, de amor a Dios; y la humanidad perdiendo el último vestigio animal que le quede, volará cual naciente mariposa, bella y pura, a la conquista de las más excelsas regiones de las puras esferas” (9).

En estos mismos pensamientos de José Mazzini se asentaba el sentir filosófico de Víctor Hugo en cuanto al valor histórico y social de la filosofía espirita. Ese mismo sentir hizo hablar también a otros pensadores como Emilio Castelar, José Pi y Margall, Camilo Flammarión, Abrahan Lincoln, Víctoriano Sardou y otros más los cuales eran solidarios acerca de la misión espiritual de los fenómenos mediúmnicos. Sin embargo, se hizo el silencio con respecto al sentir espirita de Víctor Hugo; pero en esa negación, en esa oposición sistemática es dónde se halla el origen del presente desastre espiritual de la humanidad. Se quiere negar por un lado que el alma es inmortal y por el otro, los que creen en ella, niegan que el alma inmortal pueda comunicarse con los hombres por

razones ya insostenibles y que no vamos a considerar ahora. Pero lo cierto es que solo por el fenómeno mediúmnico, como manifestación del Espíritu inmortal, es cómo la razón humana se inclinará reverente frente a Dios. Por eso Víctor Hugo aceptó el Espiritismo como un mensaje salvador para el Hombre, la Verdad y la Belleza.

ACTUALIDAD ONTOLOGICA DE LAS REMINISCENCIAS PLATONICAS

La filosofía de Víctor Hugo asentada en la preexistencia de las almas nos lleva a pensar en Platón quien percibió en la antigüedad con profunda percepción espiritual ese mundo nuevo que aflora en la conciencia del ser. Ese mundo interior que se presenta imperativamente sin respetar el conocimiento clásico del hombre ha planteado a la filosofía una de las más intrincadas preguntas: ¿Existe en el “tiempo actual” del ser “otro tiempo” existencial?

Todo el desenvolvimiento de la filosofía occidental se produjo a través de un “tiempo único” del ser, es decir, de un solo tiempo que va del nacimiento a la muerte. Se aceptó que el hombre es una persona, pero vacía por dentro y esta suposición anuló lo que el ser personal representa como entidad profunda haciendo de ella una pieza compacta e insensible. Esta concepción mecánica del hombre causó hasta una negación de lo que el subconsciente representa como abertura del ser hacia el mundo exterior. Pues el reconocimiento del subconsciente significó siempre para la nueva psicología la prueba de una doble naturaleza del ser, es decir, de un mundo desconocido cuyas raíces se hunden en una probable naturaleza preóntica de la existencia.

Las reminiscencias experimentadas por Platón, o por el hombre en todo tiempo, son hechos que evidencian las diversas capas psíquicas que conforman su mundo interior. Tener pues

reminiscencias es como si el ser estuviera situado en un pozo cuyo fondo es inconmensurable. Las emociones, sensaciones e ideas espontáneas que se registran en el ser constituyen afloraciones misteriosas que, para alcanzar una posible explicación, obligan a pensar en “reservas subconscientes adquiridas no se sabe por qué medios.

El llamado “misterio del hombre” tiene su principal base en esos estados psíquicos inexplicables. En efecto, el misterio del hombre surge del hombre mismo y no de sus enigmáticos orígenes biológicos. El misterio es una presencia que se opone al hombre considerado como pura naturaleza, lo que indicaría que es “algo” aún indefinido y que se revela contra toda “naturalidad” que quieran asignarle. En el ser existe un inconsciente misterioso que priva sobre el consciente racional con el fin de liberarlo de las tinieblas del no ser. De este modo la existencia pura se rebela contra la existencia impura, o sea contra la que se complace en despeñarse en los abismos de la nada.

El concepto de un hombre máquina es un obstáculo para penetrar en la naturaleza supranormal del ser. Los fenómenos psíquicos que a través del hombre se registran están indicando que la inteligencia normal no es toda la inteligencia, sino que posee otras dimensiones o substratos que, como misteriosos relámpagos, se presentan a la “razón actual” del ser para ampliarla al parecer inesperadamente. La intuición, la inspiración, los estados místicos son hechos que no podrían producirse si el hombre fuera

una máquina o una sólida pieza material. La materialidad del hombre se opone a toda supranormalidad del ser. Un hombre-cuerpo solo vive de acuerdo con sus estados fisiológicos, ni se producirían en él fenómenos psíquicos de ningún orden. Lo psíquico pues no es de orden nervioso; lo psíquico se originó en las profundidades desconocidas de la persona de las cuales Platón extrajo sus célebres reminiscencias ontológicas.

Las reminiscencias platónicas, tan célebres ya en el campo de la filosofía, se acentúan en los tiempos modernos, lo que daría una idea acerca de una nueva evolución de la sensibilidad humana de la cual Víctor Hugo fue genial exponente. Es decir, que el hombre tiende a rebasar sus cinco sentidos para afirmar en sí mismo otra forma sensible con que captar su mundo interior y circundante. Ahora bien, esto denotaría que el ser verdadero está por encima del ser físico y que existe en él un ente extrasensorial cuyo existir rebasa las limitaciones de su tiempo presente.

La filosofía del ser se vería obligada a reconocer en el hombre una esencia que se vincula con una naturaleza inmaterial que establecería una relación entre un tiempo pasado, un tiempo presente y un tiempo futuro, o sea tres tipos de “tiempo” que gravitarían dinámicamente en las profundidades del ser.

De estos tres tiempos emergían los imperativos espirituales que le hicieron ver a Platón el verdadero mundo de la persona humana. Esta concepción del tiempo nos llevaría a reconocer un tiempo físico y un

tiempo metafísico. El ser desde su verdadera naturaleza esencial resultaría un constante devenir efectuado a través de un tiempo mortal y de un tiempo inmortal, lo que lo relacionaría con un proceso dialéctico infinito. El hombre piensa pero supone que es un ser limitado a su tiempo individual. Ignora que en él existe un tiempo espiritual que lo independiza de accidentes aniquiladores. El ser siente como una lejanía, como un algo que regresa de otro ser que ya fue, y en esta circunstancia surge en él “otra persona” que trata de consustanciarse con su presente, creando en su mundo moral estados armónicos o contradictorios. El ser se desdobla al parecer bajo la influencia de un ente que regresa de alguna parte, lo que determina en él esa inestabilidad moral tan frecuente en el mundo moderno.

Víctor Hugo captó su ser pasado mediante su genial creación poética, pero lo que le hizo comprender mejor su naturaleza inmortal y palingenésica fue el fenómeno mediúmnico, cuyo origen noumenal surge de ese mismo mundo donde subyacen, las reminiscencias espirituales percibidas por Platón.

VÍCTOR HUGO Y EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Víctor Hugo creía y sabía que la historia temporal no obstante su objetividad material está destinada a volver al seno de la Historia Divina. Es decir, que el efecto histórico deberá reintegrarse al seno de lo divino para poner término a un “tiempo defectuoso” donde el Ser se debate atacado por duras contradicciones existenciales.

El poeta francés comprendió que la verdadera poesía es una emanación del mundo interno de la naturaleza y que su esencia se traduce en una voz que se alza desde los abismos del alma. Descubrió en la historia una sucesión de hechos cuya finalidad radica en los ciclos palingenésicos del Ser. Vio así que la historia de las existencias se refunde en la historia de los seres espirituales en cuyo seno está la realidad divina del mundo de los Espíritus.

Para Víctor Hugo el Apocalipsis terrenal desembocaba en un Apocalipsis espiritual, dos procesos que solo se explican mediante la ley de reencarnación. La historia muere pero renace con los espíritus; su objetividad está determinada por el encarnar y el desencarnar de los seres espirituales, o sea por el alma de los hombres devenidos espíritus que encarnan y desencarnan. Kant también presintió este mismo fenómeno al reconocer la realidad de un mundo invisible con la posibilidad de comunicarse con el mundo de los hombres.

En efecto, la reencarnación de los espíritus es la verdadera base de la historia humana, la que se muestra como proceso visible a causa de la historia espiritual y divina que la rige. Víctor Hugo creyó en esta dualidad histórica, es decir, en una “historia humana” fundada en una “historia divina y trascendental”.

La reencarnación de los espíritus es una penetración de la historia divina en la temporal y humana. El proceso de encarnación y desencarnación a que están sometidos los espíritus es la base real de todo el misterio histórico. Y la poesía de Hugo fue como una revelación a través de la cual la belleza contribuyó al desarrollo de la historia en relación con la historia espiritual y divina.

La inspiración poética del gran poeta francés percibió sobre sus bases mediúmnicas que no habrá historia natural y humana sin historia espiritual y divina. Su genio se transfiguró de tal manera que pudo comprender que todo lo humano es un proceso determinado por la reencarnación de los espíritus, o sea que Historia y Reencarnación son dos fenómenos movidos por el mundo invisible.

El Espiritismo como manifestación objetivada del Espíritu de Verdad es la noción más positiva para dejar demostrado que el mundo de los Espíritus es la base real del mundo de los Hombres. Se opera así una transfiguración de la muerte por la fuerza religiosa de la mediumnidad. De lo contrario, ¿qué sería la historia sin la potencia escatológica de la mediumnidad?

Resultaría un fenómeno sin sentido y un proceso caótico destinado a la muerte y a la nada.

Empero, si la poesía de Víctor Hugo fue profética es porque fue religiosa, pero fue apocalíptica porque fue mediúmnica. Ella se unió al Espíritu de Verdad para proclamar que Dios existe y que todo avanza progresivamente con el fin de instalarse en la Ciudad de los Espíritus Puros. Los críticos olvidaron que si Hugo fue genial es porque dentro de su Ser inmortal estaba la luz del mundo invisible, y que si su poesía determinó un original romanticismo filosófico y religioso es porque los trípodes de la isla de Jersey le abrieron las ventanas del infinito. Porque el genio de Víctor Hugo sin el fenómeno mediúmnico resultaría un enigma, así como su nueva visión histórica sin la ley palingenésica del Ser se tornaría un caos entremezclado de horror y de belleza.

* * *

Víctor Hugo creía en su espiritualidad personal. Halló en su propio ser las bases de todo un esquema metafísico y religioso del universo. Se sentía una fuerza ultramaterial por cuyo motivo su carne se transfiguraba. Era un vidente que veía de continuo el más allá de las cosas, lo que lo impulsó a no detenerse en los caminos puramente materiales de la vida. La existencia para el poeta fue un sendero que conduce al conocimiento de los grandes enigmas de la naturaleza.

Su genio no rechazó nunca al Cristianismo; por el contrario, vio en la doctrina de Jesús la más alta y acabada expresión de las divinas revelaciones. De ahí

que su creación poética y literaria difiera de la de sus colegas quienes consideraron al hombre solo como un fenómeno fisiológico. Su lema era: “Existir para la verdad”, pero este existir de Hugo no se apoyaba en la efímera vida material. El presintió un existir infinito relacionado con el misterio del universo. La vida para el poeta era una espiritualidad invencible y triunfante.

Creía en lo eterno porque veía en la naturaleza y en la historia un principio inmortal, lo que le hizo tener fe en esa verdad inalterable procedente de Dios. Creyó en los “espíritus” de la tierra y del aire, del agua y del viento lo mismo que los iniciados medievales. Desde su infancia cultivó una filosofía espiritualista la que confirmó experimentalmente al conocer el mensaje trascendente que le dictaron los trípodes en la isla de Jersey.

Augusto Vacquerie en su libro *Las migajas de la historia* dijo afirmativamente que Víctor Hugo era espiritista. Y lo fue como Teófilo Gautier, Víctoriano Sardon, José Mazzini, Camilo Flammarión y otros pensadores de fines del siglo XIX. Creyó realmente en la inmortalidad del alma y en su evolución palingenésica. Emilia de Girardin y Eugenio Nus dieron también testimonio de sus convicciones espiritas, mientras que “Les Annales Politique et Litteraire” lo confirman en su edición del 7 de mayo de 1899.

¿POR QUÉ LA CRÍTICA LITERARIA OCULTA EL PENSAMIENTO ESPIRITA DE VÍCTOR HUGO?

La crítica literaria dedicada a la obra de Víctor Hugo nunca se dignó referirse a sus investigaciones mediúmnicas. Sin embargo, su obra es como un relámpago proveniente de lo invisible y solo podría realmente comprenderse a la luz de la filosofía espirita.

Resulta incomprensible que la crítica tema todavía al concepto espirita del hombre y del arte, puesto que no son pocos los poetas que directa o indirectamente se han relacionado con el mediumnismo. La crítica parece ignorar que una interpretación mediúmnica del arte daría lugar a una mejor comprensión del propio fenómeno surrealista que tantas vinculaciones posee con el fenómeno mediúmnico. El surrealismo en el orden artístico y literario está pues inspirado en un neomediumnismo cuyos orígenes, a pesar de los cuidados que puso André Bretón en no mezclarse con el mediumnismo espirita, son similares a las prácticas kardecianas.

La Poesía y la Mediumnidad están íntimamente ligadas. El poeta verdadero es siempre un médium en sus momentos de inspiración poética. Hacer pues del poeta un simple obrero de la pluma sería desconocer lo que es la belleza como expresión del hombre espiritualizado. El poeta al ser un repentista está sujeto a trances especiales mediante los cuales se pueden alcanzar las más bellas manifestaciones poéticas. El poeta no es un escritor cerebral; por el contrario, el

poeta está siempre expuesto al trance poético, lo que no ocurre cuando las letras son cultivadas como un simple oficio. La crítica literaria dominada aún por antiguos prejuicios no se dispone a reconocer en la obra de Víctor Hugo una inspiración proveniente del mundo invisible. Considera que un Víctor Hugo espiritista le quitaría valor al gran poeta de Francia. Sin embargo, la crítica tendrá que evolucionar hacia el reconocimiento del fenómeno mediúmnico si en realidad desea comprender la verdadera esencia del genio poético y artístico. Los hechos que se están produciendo actualmente la obligarán a despojarse de toda prevención contra el mediumnismo. El genio poético fue siempre de naturaleza mediúmnica. La belleza fue una continua infiltración de lo invisible en lo visible. Por eso una poesía sin mediumnidad no será más que un esqueleto; de ahí que la crítica literaria se equivoca al dejarse dominar por prejuicios intelectuales y no reconocer el aspecto mediúmnico de la obra poética de Víctor Hugo. Pues aquí estamos frente al genio el cual será siempre un misterio cuando se rehúsa penetrarlo por medio de lo que ahora se llama el hombre Psi o Mediúmnico.

ADVENIMIENTO DE LA LITERATURA MEDIUMNICA Y ESPIRITA

La obra literaria de Víctor Hugo puede decirse que ha originado la aparición de la literatura espirita y mediúmnica. Esta nueva corriente no tendrá nada de raro si se recuerdan escuelas cómo la dadaísta, cubista, ultraísta, surrealista, romántica y existencialista basadas en recursos estéticos supranormales. La literatura mediúmnica difiere de esas corrientes al basarse sobre una nueva visión del hombre y el universo. Aún más: la literatura espírita-mediúmnica presenta dos notables modalidades: una basada en la creación inspirada y otra en la puramente mediúmnica. Pero ambas modalidades responden a un mismo fin espiritual, social y religioso.

Víctor Hugo iluminado por los trípodes de la isla de Jersey acentuó de tal manera su creación literaria que poetas y escritores europeos, especialmente españoles, trataron de seguir sus geniales huellas. Salvador Sellés el gran poeta espirita, autor del libro *Hacia el infinito*, dio nacimiento a una poesía realmente existencial. Con su poema "En la noche de difuntos", la poesía espirita se presenta como una nueva esperanza para el Ser al decir:

> ¿Por qué las lentas campanas
> claman dolientes a muerto sí del fúnebre
> concierto las vibraciones son vanas?
> Cese en la región vacía ese lamento
> profundo: desde el principio del mundo

nadie ha muerto todavía; nadie en tan
larga jornada sufrió tan mísera suerte:
no ha muerto más que la muerte, no ha
muerto más que la nada.

Esta poesía espirita que llegó a conmover espiritualmente a poetas como Antonio Hurtado. Miguel Giménez Eieto, Vicente Nerja, Krainfort de Nínive y hasta el propio Nuñez de Arce produjo en la España de fines del siglo XIX obras de gran valor literario y filosófico. Pero fue por la psicografía mediúmnica que se obtuvieron obras valiosas en fondo y forma *como Marietta y Estrella. Páginas de dos existencias*, escrita por Daniel Suárez Artazu. Acerca de la misma el filósofo espirita español, Quintín López Gómez, expresó que era la obra literaria "más bella recibida mediúmnicamente en idioma español".

En toda la España espiritualista de fines del siglo pasado la literatura espirita produjo obras de gran valor estético y doctrinario, especialmente en la poesía y la filosofía. Pero lo que más ha conmovido a los críticos opuestos al Espiritismo es la monografía de Ernesto Bozzano intitulada *Literatura de Ultratumba* donde las obras criticadas fueron escritas por escritores médiums. En América del Sur este tipo de literatura ha producido obras poéticas de gran consideración. El psicógrafo brasileño Francisco Cándido Xavier ha dado a la publicidad libros de poemas como *Parnaso del Más Allá*, *Antología de las inmortales* y otros títulos de no menos importancia todos los cuales han desconcertado a los críticos literarios. El caso de los escritos mediúmnicos de Humberto de Campos,

notable prosista brasileño, produjo un litigio jurídico ante los tribunales a causa de las reclamaciones de la viuda del escritor al creer que su esposo habla sido víctima de robo de originales al comprobar la gran similitud de estilo en los escritos recibidos por el médium Francisco Cándido Xavier.

Los críticos y jurisconsultos brasileños se vieron en la necesidad de archivar el asunto por cuanto cualquier dictamen hubiera resultado tendencioso. Pues si condenaban al médium por robo de originales habrían cometido un gran error moral y jurídico a causa de su vida limpia y honrada, y si aprobaban sus escritos como mediúmnicos habrían reconocido que los muertos viven y son capaces de transmitir su pensamiento filosófico y estético a los médiums. Lo cierto es que la mediumnidad literaria de Francisco Cándido Xavier es un verdadero exponente de las bases de la literatura espirita y mediúmnica. De ahí que Monteiro Lobato al decir que si los poemas del *Parnaso del Más Allá* son de Francisco Cándido Xainer, éste podría ocupar cuantos asientos quisiera en la Academia de Letras del Brasil.

Otra escritora médium de nacionalidad irlandesa fue Geraldina Cummins, la que recibió páginas de estilo religioso y evangélico que conmovieron a la crítica teológica y literaria internacional. Su obra *Escritos de Cleofas* fue reconocida como una ampliación suplementaria para un mayor conocimiento del libro *Los Hechos de los Apóstoles* contenido en el Nuevo Testamento. Se la consideró una obra mediúmnico-literaria de verdadero valor histórico y

como “crónica sagrada” complementaria de Los hechos de los Apóstoles que nos llegaron mutilados en algunas partes, consecuencias de las persecuciones contra los primeros cristianos (ver Literatura de Ultratumba, de Ernesto Bozzano).

Este libro mediúmnico llamó la atención del célebre escritor inglés Sir Arturo Conan Doyle y de destacadas personalidades católicas. Además, en ese mismo período brillante para las letras mediúmnicas aparecieron escritores médiums como William Sharp y Esther Dowen quien recibió las partes inconclusas de trabajos de Oscar Wilde y comedias póstumas de este mismo autor. Le siguieron Paciencia Worth, entidad desencarnada la cual, según los críticos anti-espiritas era “una fracción de la personalidad del médium”, ante cuyo concepto ella contestó así: “¿Quién ha osado sostener que soy una partecilla de la imaginación de la médium? ¿Quién ha osado decir que una gran intelectualidad es hija de la imaginación de una pequeña intelectualidad? La voz del que proclama semejante absurdo quedará sin eco. Que venga y que me una a la médium, si le, place; el porvenir lo proclamará tonto.

“¡Qué pequeña es su pluma! La mía es de oro y está mojada en la sabiduría antigua. No canto por cantar, sino para que mi canto permanezca. La idea de presentarme como una fracción del arpa viviente que yo empleo, equivale a distribuir a muy pequeños niños libros, cráneos, espadas, vino y sacramentos para que se diviertan. Ved, toco el arpa viviente y ella responde vibrando al unísono con la voz de la sabiduría antigua.”

¿No hay en este dictado mediúmnico un estilo parecido al pensamiento de Víctor Hugo? ¿No se deduce que la auténtica mediumnidad literaria posee expresiones que hacen pensar en el genio?

Este fenómeno literario-mediúnmico que ocurría en época no muy distante de la presente, contribuyó notablemente al desarrollo de este nuevo aspecto de la literatura en el campo internacional de la filosofía espirita.

Vamos a referirnos ahora a un volumen que colaboró en forma brillante en la lucha contra la esclavitud en la América del Norte. Nos referimos a esa genial novela llamada *La Cabaña del Tío Tom* que, según su autora Enriqueta Beecher-Stowe, no fue escrita por ella, sino que Dios la escribió a través de su inspiración mediúmnica.

Entre estos médiums poetas y escritores cabe mencionar al psicógrafo italiano Héctor Bernardini de diez años de edad quien recibió en menos de seis meses 314 tercetos “en los que describe, según expresó el escritor Mariano Rango D’Aragona, a la luz de la moderna razón, las penas transitorias del más allá, sobre la base de la revelación espirita, corrigiendo así las impresiones vertidas en su obra de seis siglos atrás”. Luego agregó: “Los 314 tercetos dictados al médium de diez años son de tan hermosa hechura poética y en un todo similares al estilo trescentesco del divino Vate, que dejaron perplejos y desorientados a los más modernos estudiosos del clasicismo. Los tercetos fueron publicados en Nápoles en 1904, en

edición de escasos ejemplares que se disputaron insignes escritores, sin otra posterior edición porque el tiempo maduro (así dijeron algunos) para la nueva revelación recién hoy está penetrando en la conciencia humana.

Esta reaparición mediúmnica de Dante Alighieri es de la misma naturaleza de la que Víctor Hugo obtuvo a través de esa entidad espiritual llamada “La Sombra del Sepulcro”, quien expresó: “Subid al Sinaí y me entenderéis en el fulgor de los relámpagos . . . Ascended al Gólgota y me veréis en los rayos. Yo soy la Realidad”.

El doctor Santiago Smith, presidente de la Sociedad Dantesca de Londres, en el último decenio del siglo pasado obtuvo inequívocas comunicaciones mediúmnicas del gran poeta florentino, las que poseían su mismo estilo poético y profundo. La revista “Luce e Ombra”, de Milán, publicó una relación referente a tan extraordinario acontecimiento literario, la que concluye con esta declaración del excelso Poeta: “Mientras escucho las invocaciones de la Tierra, cultivo en mi pensamiento una segunda Divina Comedia”.

La literatura mediúmnica es, como podrá verse, una nueva realidad intelectual y espiritual que viene a ampliar el campo de las letras. Si en la literatura y en las artes no se opera un renacimiento sobre la base del genio mediúmnico, es decir, en relación con el mundo de los Espíritus, el alma del hombre terminará por ahogarse en los abismos aterradores del nihilismo y de la nada. El médium poeta y escritor es una

necesidad moral y existencial en los tiempos modernos; sin él la creación literaria se convertirá en un juego de palabras vacías y áridas.

Víctor Hugo sintió en su época la necesidad del genio literario-mediúmnico, por cuya razón se afanó por darle a la cultura universal obras de raíces supranormales las que nunca serán olvidadas. Experimentó un real y vivo contacto con el mundo invisible que, lamentablemente, la crítica literaria no quiere considerar ni reconocer.

Pero su elevado Espíritu está ahora gravitando sobre las almas predispuestas para eso que fue llamado “el otro lado de las cosas”. Su canto espiritual está llegando a la tierra a través de la mediumnidad del hombre y de las voces misteriosas del viento, el trueno y el mar.

DE LOS DONES MEDIÚMNICOS Y POETICOS

En los archivos aún existentes del Circulo Intimo Lumen, que tuvo vida hace cosa de medio siglo en una ciudad próxima a Buenos Aires, se encuentran algunos poemas mediúmnicos de honduras filosóficas relacionados con la espiritualidad humana de todos los tiempos. Son poemas-mensajes con una finalidad: alentar a los vivos con respecto a lo que realmente significa ese enigma que se llama muerte. Es una poesía similar a la clásica, pero en su interioridad se perciben como rumores de un mundo donde los muertos se transfiguran y pasan a ser las verdaderas entidades vivas del universo.

El hombre frente a este nuevo tipo de poema aparece como un desterrado, un solitario o el prisionero de un planeta rudo y hostil. Pero esta poesía, este poema-mensaje que salió espontáneamente de la pluma del poeta médium, tiene el propósito de quitarle al hombre los harapos de su sabiduría asentada sobre la muerte y la nada. ¿Qué quiere ofrecemos este nuevo lirismo poético que rápidamente se generaliza por el mundo? Suponemos que quiere despertar en nuestra carne y en nuestro espíritu dones mediúmnicos y poéticos para ayudarnos a estar aquí existencialmente vivos, ya que el demonio de la derrota quiere sumirnos en el no ser y la desesperación.

Estos dones espirituales serán salvadores para el espíritu humano. Si ellos son para eludir las tinieblas del sepulcro serán como alas que le permitirán a

nuestras existencias elevarse por encima de las tumbas y entrar en relación con los que creíamos muertos para siempre, pero que ahora vienen como estrellas para fijarse risueñas y titilantes en los cielos de cada alma reencarnada.

Si esos dones mediúmnicos y poéticos sirven para salvarlos de la nada, si aparecen con la sagrada finalidad de hacernos más aptos para atravesar este suelo sin Dios y sin Amor, bienvenidos sean. No veamos en ellos dioses malos ni traidores demonios, ni tampoco larvas ni entes elementales. Veamos en ellos una señal de lo eterno, de lo realmente espiritual que hay en el hombre y en toda vida y forma que existe en nuestro alrededor.

De aquellos viejos archivos escogemos estos poemas intitulados Declaración ultracorporal, los cuales expresan lo siguiente:

Vengo de un azur divino,
vengo de un reino sin muerte.
La resurrección me alza de
la tumba con estas alas celestes.
¿Quién soy? ¿Qué voz es la
mía?
Soy un ala de la eternidad.
Vengo del corazón azul de la
Poesía. Solo digo la verdad.

Y el poeta transfigurado por la desencarnación, prosigue así:

¿Qué estoy muerto? ¿Qué
soy oscura tierra?

¿Qué la muerte es silencio
y sombra?
No, terrestre viajero: el ataúd
no encierra este espíritu que te
nombra. Oíd cómo vuelo por el
azul espacio entre resplandores de
topacio.

En otro poema mediúmnico se lee:

Sonora corneta del aire traigo.
Despierta carne cansada de tu
sueño largo.
Oíd esta vez cómo los
muertos vienen como hermanos.
La muerte no acaba con ninguno,
no es licor amargo. La muerte es
un ser de luz, es un dulce milagro.
Si crees que los muertos no
cantan, escucha mis cantos.

Yo era para la tierra un
muerto, ahora soy un pájaro.

En este poema es una visión optimista y triunfal la que nos sugiere el poeta invisible:

Miseria de huesos rotos, de cenizas
frías eran los hombres invisibles que al
abismo caían. Todo era aliento de
sepulcro, todo horrible podredumbre con
gusanos sorbiendo la carne, con honduras
sin luces. Ahora somos resurrecciones,
somos rumores con mensajes: los
muertos de ayer somos campanas, los

muertos vestimos otros trajes. Oh, amigo
medita, ya la muerte no es zona prohibida.

Un poema cuyo contenido nos obliga a pensar en Esteban Echeverría, nos sorprende con estos conceptos:

Soy la brisa de ayer, la del Plata,
soy la voz del progreso.
Mi manifiesto es de
resurrecciones, soy el dogma de lo
bello. Busco un nuevo Mayo,
pregono otra revolución: los tiranos
caen siempre; solo se eleva la
Canción.

El Poeta es sonoro puente
para escuchar la voz de Dios.
¡Arriba Argentina!, esta
lira suena de nuevo para vos.
El Dogma ahora es la
luz la Doctrina la revelación,
el Camino seguro la Cruz, la
Ley la evolución, lo más
bello una flor, lo más potente
el amor.

Ahora bien, si estos poemas brotaran del subconsciente del médium, si no fuera un espíritu el que se expresa a través de los dones mediúmnicos y poéticos, de igual modo poseen un valor literario-subjetivo; de igual manera nos obligan a meditar sobre lo que puede producir el subconsciente humano; pero

en ellos se asoma un Yo, un Ser, una Persona que se dirige a nuestra condición de espíritus encarnados para iluminarnos. Son pues poemas personalizados que quieren hablarnos de cosas transcendentales. De ahí que se muestran con un Espíritu vivo y comunicante dando la impresión que ya pasó por la experiencia de la muerte y que ahora quiere referirse mediúmnicamente a esa suprema experiencia para ampliar nuestros horizontes espirituales y mentales.

Es pues un poema que puede provenir de las profundidades del Espíritu tanto encamado como desencarnado y, notable coincidencia, se presenta como una repetición de lo que le ocurrió durante el destierro a Víctor Hugo en la isla de Jersey. Porque si nuestro destierro no posee características políticas, posee en cambio una imagen existencial de destierro planetario que solo por lo que mediúmnicamente sabemos podemos soportar. No en vano el poeta espirita español Salvador Sellés exclamó: “¡La nostalgia del cielo me consume!”.

Y estos dones psíquicos que surgen en el hombre como facultades salvadoras nos hablan del viento, de un viento que barre y limpia nuestros sepulcros corporales:

> Mi viento es soplo armonioso que
> derriba sistemas de sombra; mí viento
> es fuego que quema las lágrimas de
> los que lloran.
> Soy viento inmortal: escuchadme.
> En las tumbas no caben mis alas.
> Soy el viento que llama y escribe este

canto que salva. Soy viento que sopla
barriendo polvorientos esqueletos.
Soy el viento que vence a la
muerte, soy siempre el Viento.

León Felipe que en su poema “El Salto” canta la reencarnación, dijo que el Viento era un dios invisible, un ser vivo y transparente que le da música de eternidad a la Poesía. Que este viento del Espíritu y de los Espíritus tan querido por Víctor Hugo sople sobre nuestras angustias existenciales y ayude a nuestras alas a elevarnos en la inmensidad siempre sonora, siempre viva, siempre azul. Y que Dios nos hable cada vez más cerca a través de estos dones poéticos y mediúmnicos para resucitar de continuo de esta muerte espiritual de todos los momentos.

SINTETIZANDO

Es lamentable que en las esferas literarias no se tenga en cuenta esta cuarta dimensión de la literatura que nos descubre la mediumnidad. Se aceptaron las orientaciones estéticas del surrealismo, pero como un fenómeno ligado a un subconsciente caótico y de raíces fisiológicas. Sin embargo, el auténtico fenómeno surrealista es una introducción al mundo invisible, o sea una vinculación con el ser que la muerte no podrá nunca destruir.

El surrealismo es un movimiento psíquico cuyas bases espirituales se hallan en el mediumnismo. Esto nos obliga a pensar que la Belleza no ha muerto, sino que su reaparición se operará cuando en la creación literaria se reconozca que en el ser encarnado del escritor pueden penetrar influencias de entidades desencarnadas. Porque a la luz del Cristianismo y del Espiritismo los grandes genios de la literatura mundial no han sido absorbidos por la nada. No cayeron para perderse definitivamente en las ciegas evoluciones de la materia.

La Belleza, empero, no puede morir. Los reclamos en favor del triunfo del arte sobre lo cotidiano lanzados por Ortega y Gasset, responden pues a ese anhelo espiritual de inmortalidad que se agita en el espíritu del genio. Las grandes obras poéticas y literarias son una prueba en pro del sentido trascendental que posee el destino humano. La Nueva Literatura será una defensa del alma contra las terribles metas del materialismo. Si todo es muerte y nada, ¿qué valor moral poseen la

obra literaria de un Víctor Hugo, un Tolstoy, un Dostoiewski, un Dante, un Goethe?, ¿Por qué cantaron tan admirablemente Whitman, Neruda, Lugones, Borges, Bécquer?

La Belleza no puede tener origen en un hombre destinado a la muerte y a la nada. La Belleza proviene del Espíritu fecundo e inmortal, o sea de ese infinito donde se encuentra instalado el verdadero hombre. La Poesía de ahora en más será escatológica y soteriológica. Relacionará al Ser con lo eterno y lo salvará de ese verdadero peligro existencial que es la nada.

Si Miguel de Unamuno gritó tanto como pensador y poeta reclamando la inmortalidad del alma, ello nos está indicando que el genio no se resigna a extinguirse en la noche de las tumbas. No en vano Unamuno se formuló estas preguntas: "¿Por qué quiero saber de dónde vengo y a dónde voy, de dónde viene y a dónde va lo que nos rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente".

FISONOMÍA ESPIRITUAL DE VÍCTOR HUGO

Víctor Hugo veía en los niños a seres hablando con lo invisible, pero también descubría en ellos a gigantes que regresaban de misteriosas lejanías. Para el poeta los niños eran seres no extraños para la Tierra. El los consideraba como viajeros que regresaban al mundo después de una prolongada ausencia.

Se opuso enfáticamente a la pena de muerte. Luchó contra ella como poeta y legislador. Por eso puso en boca de un pontífice estas palabras: "¿Con qué derecho despojáis al alma de la corteza del cuerpo, para presentarla en su espantosa desnudez ente la eternidad?" "Sabed, humanos, que morir es nacer en otra parte".

El poeta respetaba hasta la vida de un insecto. Para los grandes espíritus la vida espiritual no tiene tamaño. No se olvide que lo más pequeño puede contener una partícula del genio. Se sentía criatura del universo, pues percibía en cada astro el rumor de una cuna y la futura morada que el ser podría habitar. Su espíritu era un resonador cósmico y fue esto lo que lo alejó del nihilismo materialista.

En uno de sus libros escribió: "La producción de las almas es el secreto del abismo". Pero ese secreto se le fue develando con la sabiduría tiptológica que conoció en su destierro a la isla de Jersey. Supo así que cada hombre es el resultado de infinitas existencias vividas por el ser y que Dios solo será una

afirmación de la justicia mediante la ley espiritual de la palingenesia.

Para su concepción filosófica y religiosa existe en el hombre una sed divina y es la que provoca el problema de la persistencia del yo. Ella fue la que le hizo decir: "Toda la suma de Dios que existe en el mundo, se condensa en un único grito para afirmar la existencia del alma". Es que la existencia de Dios y la del alma se complementaban en el pensamiento del poeta.

¿Por qué algunos críticos desean desvincular a Víctor Hugo de los temas del Espíritu? Sin embargo ese anhelo se desmorona por falta de base cuando él mismo expresa: "Se ven las grandes almas, como se ven las grandes montañas: luego existen". Víctor Hugo, pues, no fue grande solo por sus concepciones literarias; lo fue porque creyó en el profundo sentido de estas tres palabras: Dios, Alma y Renacimiento.

Solía estar en estado de meditación largo tiempo. Mediante ella penetraba en lo invisible y su genio se impregnaba de trascendentales novedades que luego se traducían en magníficos poemas. Toda la poesía de Víctor Hugo es una entrada al mundo profundo de la metafísica y la religión.

El enigma más apasionante era para él la naturaleza del genio. Indagó filosóficamente por conocerla; pero fue la poesía la que le contestó con mayor acierto: "Dios al crear a Homero, creó lo infinito". Y agregó: "El genio es inexorable: tiene su ley y la

cumple”. En efecto, el genio es una consecuencia del destino y una aproximación a Dios.

Los poemas de Hugo eran líricos, históricos y religiosos. Constituían verdaderas manifestaciones de sabiduría y no escribió técnicamente para situarse en lo esotérico. Lo que de su inspiración salía eran revelaciones procedentes de las más profundas raíces del ser. Dijo por eso: “En mi profundidad misteriosa todo tiembla”.

Pero ¿cuál era esa “misteriosa profundidad” de que hablaba? Nos atrevemos a decir que era el abismo vivo y encendido de lo más hondo del ser cuyo devenir espiritual es una consecuencia de su incesante palingenesia.

Los poemas de Víctor Hugo tienen conexión con los profetas mayores de la Biblia. Hubo quien dijo que era a causa de haber sido la reencarnación de Isaías; pero nosotros creemos que más bien fue un poeta inspirado por el mundo invisible.

Ahora bien, el poeta, según el sentir de Antonio Machado, es un espíritu que tiende hacia el misterio. Otros opinan que es solo un ser humano y natural y que lo escrito por él es debido a sus predisposiciones cerebrales. Sin embargo en la personalidad de Víctor Hugo existieron rasgos que deshacen esa apreciación. Sin colocarlo en un plano sobrenatural nosotros creemos que el poeta posee una sensibilidad que no es consecuencia de su sistema nervioso ni del peso y volumen de sus lóbulos cerebrales. Creemos que en el poeta existe una condición suprasensible, es decir mediúmnica, que le permite captar el alma oculta de

los seres y las cosas. Pues la belleza poética no es más que una profundidad existencial que se roza con lo místico y lo religioso. De aquí que tanto la inspiración como la revelación, así como lo poético. lo místico y lo mediúmnico no son otra cosa que situaciones determinadas por la naturaleza suprasensible que posee el poeta. Sobre esta concepción han respondido ampliamente Henri Bremond y Jacques Maritain.

En América eminentes poetas han estado relacionados con lo poético-supranormal. Recordemos si no a Walt Whitman, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Ricardo Rojas, Arturo Capdevila, Juana de Ibarbouru, etc. Todos ellos se sintieron ligados a lo invisible, lo luminoso, lo supranormal. Fueron poetas-médiums que captaron las esencias poéticas tanto del mundo visible como del invisible. Tenían el mismo ser y el mismo tono poético de Víctor Hugo. He aquí cómo la poesía eleva a las almas a la región de los iguales.

No miremos al poeta como un ser fisiológico, puesto que en lo meramente orgánico no pueden manifestarse los contenidos de la *Divina Comedia*, de Dante; del *Canto a mí mismo*, de Walt Whitman; del *Martín Fierro*, de José Hernández; del *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín. El poeta demuestra que el alma puede experimentar eso que se denomina "emancipación del alma" y captar así las esencias vivas de la belleza y la verdad. Si el poeta fuera nada más que carne y hueso ¿cómo se explicaría la grandeza oceánica de un Pablo Neruda, quien, no

obstante su adhesión al materialismo histórico, se sentía a sí mismo como un espíritu reencarnado?

La existencia del poeta es una prueba más acerca de la naturaleza espiritual del hombre y de su existir infinito. Víctor Hugo oraba en sus luminosas soledades, razón por la cual muchas páginas las escribió después de haber pensado en la existencia de Dios.

Cuando escribió *Los trabajadores del mar* puso de manifiesto sus profundidades oceánicas tanto en lo poético como en lo religioso. El mar en su ser profundo bramaba furiosamente. Las rocas de su ser eran azotadas por el mar divino del universo; de ahí que ese abismo acuático fue para él el mejor símbolo para comprender su propia alma. No en vano cuando se dice Hugo poeta se dice mar restallando sobre las costas de la eternidad. Dijo que escuchaba las voces del océano para percibir en ellas la noción de que la muerte no podrá aniquilar al genio ni a la más minúscula criatura de la creación.

Ahora bien, hay quien dice que creer en Dios y en el Alma es un inconveniente para trabajar en favor de un mundo nuevo. Que Dios y el Alma son dos anestésicos para adormecer las fuerzas revolucionarías del hombre. Nosotros creemos que Víctor Hugo fue un rotundo mentís de esa apreciación sostenida por los teóricos sociales del mundo moderno. Pues consideramos que la verdadera revolución se dará en él mundo por las nuevas ideas sobre Dios y el Alma. Sin ellas todo estará muerto y vacío, ya que la verdadera postración de las fuerzas

revolucionarias se origina en la falta de sentido espiritual que se quiere ver en todo lo existente. Pues si luchar por un mundo nuevo tiene como premio la muerte y la nada, el hombre solo debería dedicarse a disfrutar de los placeres materiales, ya que su porvenir será un tenebroso e infinito no ser. Sin embargo Víctor Hugo creía en Dios y en el Alma y era un poeta revolucionario tanto en el orden social como en el espiritual.

El autor de *Los miserables* escribía vertiginosamente sin cuidar para nada lo que se llama estilo. Era una fuente incontenible; sus escritos brotaban de su ser, de sus esencias más profundas, de sus raíces poéticas hundidas en lo invisible. Fue un paradigma de lo que es el poeta-médium, pero no obstante ello la grandeza de sus creaciones no era causada por la sola intervención de seres desencarnados. No se olvide que él era el médium del mar, del viento, de la tempestad, del abismo, del bosque, de la montaña. Era médium pero de todo lo creado; lo era del pájaro, del perro, del buey, de la oveja; lo era del árbol, la hierba, el agua, la roca, los astros, las estrellas. Era pues el médium de todo lo existente; de ahí que escribió como poeta-médium, ya que lo fundamental para él era que hablara el Espíritu y no solo la parte visible de la realidad.

La religión del poeta se basaba en la del Ser encarnado y desencarnado. Una Iglesia invisible era para él el sostén del verdadero acto religioso. Se sentía unido a Dios, pero no por eso era el servidor o partidario de una cultura anacrónica y retardataria.

Como poeta-médium penetró en el misterio de la muerte, pero no por eso dejó de hundirse en el vasto mundo de las contradicciones humanas.

Fue cosa muy complicada para Víctor Hugo el poner en orden sus páginas vertiginosamente escritas. Pues a pesar de tener sus pies en la tierra escribía con el estremecimiento de un Leviatán espiritual. El mundo invisible se concentraba sobre él como un poderoso viento que movía su pluma inconteniblemente. No en vano en las palabras de Jesús el Espíritu es el viento que “sopla donde quiere”. León Felipe, el poeta español que aceptaba la reencarnación de las almas, tuvo en el viento su daimón poético. Esta fuerza de la naturaleza fue siempre un médium entre la materia y el espíritu. El viento del Espíritu rozó las sienes de Víctor Hugo y por eso fue el poeta-médium de las cosas visibles e invisibles.

JEAN-PAUL SARTRE Y VÍCTOR HUGO

He aquí dos nombres que representan a dos concepciones de la vida: el primero es un apologista de la materia, el segundo un defensor del espíritu. Son dos figuras que sintetizan a dos interpretaciones del ser; el primero, sostiene que la única realidad es la nada, el segundo, afirma que todo lo creado responde a la vida.

Jean-Paul Sartre quiere cambiar el mundo sin hallarle al hombre un sentido; Víctor Hugo sostiene que el mundo cambiará ineludiblemente por la propia evolución del Ser. El primero es un filósofo de la negación y sobre esa base quiere darle a la sociedad y a la historia un devenir. El segundo es un poeta y revela lo que la realidad encierra en su mundo interior. Sartre le impone al ser un proceso asentado sobre la nada; Hugo descubre la teleología del Espíritu, y lo muestra cantando.

El primero filosofa sobre la base de la Negación; el segundo dibuja preciosidades cósmicas sobre los cimientos de la Afirmación. Sartre encarna la fealdad externa del mundo; Hugo es el vidente de la belleza humana y divina. El primero ve en todo una espantosa y sombría soledad; el segundo capta en todo lo existente un ser latente que trata de mostrarse como una realidad de la esencia del universo.

Jean-Paul Sartre hace filosofía para negarla al mismo tiempo; Víctor Hugo elabora una nueva poesía para ampliarla de continuo El primero se complace en

anunciar el triunfo y el imperio de la muerte y de la nada; el segundo demuestra que la vida es una manifestación de la esencia divina afirmándose en su ser infinito.

El filósofo Sartre escribió *El Ser y la Nada* para anunciar a la humanidad que todo muere y se extingue en la nada. Mediante un complicado lenguaje metafísico trata de demostrar que de la nada surge el ser para reintegrarse en ella sin ninguna finalidad existencial. El ser es la nada y la nada es el ser en el pensamiento de Sartre, quien parecería regocijarse al entregarse a esa suicida elaboración metafísica.

El humanismo de Sartre se funda en la negación universal del ser. Niega al Espíritu, al Sentido de la vida, a la verdad, a la moral, a la libertad y. por encima de todo, niega la existencia de Dios.

El poeta Víctor Hugo escribió *La leyenda de los siglos* para demostrar en primer lugar el significado del universo, la afirmación de la vida, la evolución y desarrollo de los Espíritus aceptando la existencia de una Causa Suprema. Así Hugo penetra en el aparente caos del mundo y extrae de sus profundidades el orden y la finalidad. Demuestra que tanto el planeta Tierra como los demás mundos del universo conforman un inmenso escenario sobre el cual se asienta un plan de todo lo existente. Le dice a la humanidad que el hombre no existe en vano; le señala que la vida tiene un significado espiritual y que todo está llamado a transformarse para elevarse a estados superiores. Hugo poseía la divina videncia del universo; veía con los ojos del Espíritu lo que está

escrito en las páginas del infinito. Descubre así que el hombre es inmortal y que, mediante una creadora palingenesia, se perfecciona hasta alcanzar los niveles más altos de la sabiduría. Para Víctor Hugo la nada no existe; él sustente cómo único saber la Afirmación del Ser y el Sentido espiritual del hombre y el universo. Aun en medio del mal le hace ver a la criatura humana que él es una etapa para llegar al bien. Por eso en medio de las más duras contradicciones históricas y existenciales afirma como única realidad la existencia del bien.

En Sartre está la nada como base de todo humanismo social y filosófico. Sostiene que el advenimiento de un estado superior en la Tierra se dará sobre la base de una libertad asentada sobre la nada. Aspira a una sociedad socialista donde el bien y la igualdad desaparecerán ontológicamente en el no ser. Quiere crear una igualdad social para que el hombre no se sienta vencido por el pesimismo existencial.

En Víctor Hugo está la vida como fundamento del Espíritu, la Justicia y la Belleza. Para él todos los planetas están poblados por seres inteligentes; sostiene la doctrina de la pluralidad de mundos habitados relacionada con la filosofía de la pluralidad de existencias del alma. Declara que el alma es inmortal y que está destinada a ser un agente de Dios en el gran plan del universo. Mediante la poesía captaba los fraternales rumores del mundo invisible. Cantó que morir es nacer en otra parte y nacer es

morir en el mundo del Espíritu y agregó que la nada es una ilusión de los sentidos.

Jean-Paul Sartre es el sostenedor del existencialismo ateo, de la negación y el no ser. Víctor Hugo es el propulsor del espiritualismo espirita y por ello de la inmortalidad del alma y de la palingenesia espiritual. Sartre ve en el mineral, en la planta y en el animal ciegos resultados de la materia inconsciente. No logra ver el profundo infinito de la vida que existe en los ojos de un perro, de un caballo o de un reptil. Para él el mineral, el vegetal y el animal no son más que resultados de la casualidad. Para Víctor Hugo en un mineral está presente la vida esperando el momento de su manifestación; en el vegetal alienta la inteligencia y el ser en vías de evolución y en el animal se encuentra el espíritu en situación rudimentaria esperando su divina transformación, es decir, pasar de la forma en que se halla a la hominal.

Como se verá, en Víctor Hugo todo está llamado a ser, a evolucionar, a perfeccionarse, a llegar al mundo de la conciencia para mejor comprender a toda la creación.

¿Es herejía, ateísmo y ofender a la esencia de la religión este esquema del hombre y el universo sustentado por el autor de *Las Contemplaciones*?

Creemos que no, que no puede haber en esta cosmovisión ni ateísmo ni herejía. Pensamos que en esta visión de Víctor Hugo, terminantemente opuesta al concepto nihilista de Jean-Paul Sartre, está el verdadero sentido del ser y del mundo y es una

demostración viva y real de que Dios os amor, como decía Juan el Evangelista.

He aquí, en fin, dos visiones de la existencia: una que proclama la muerte y la nada como únicas realidades del Ser y otra que demuestra la eternidad de la vida, la potencialidad del Espíritu frente a la nada y su perfeccionamiento divino mediante la ley de los renacimientos. Dos visiones del mundo de las cuales depende el porvenir de la civilización y la cultura; dos esquemas espirituales con respecto al Ser y la Vida sustentados por dos hombres: el primero, cegado y atrapado por la Nada y la Negación y el segundo, iluminado por el Espíritu y la Verdad.

Sin una dignificación espiritual del poeta y el escritor sobre la base de una segura convicción de su inmortalidad personal, la decadencia moral de las letras y las artes será inevitable. Así como Nietzsche proclamó la muerte de Dios, el nihilismo lanzará este desolador grito: La Belleza ha muerto. De consiguiente, la aparición del mediumnismo poético y literario es una necesidad moral en un momento en que todo se reduce a sensaciones y placeres corporales. De lo contrario, continuará el avance de ese existencialismo sobre cuyas bases se pretende asentar un esquema nihilista y ateo referente al hombre y el universo.

Si la nada es la que rige el proceso histórico; si la muerte es el sustentáculo de la vida espiritual del Ser, la humanidad ha estado viviendo de ilusiones. Toda ansia de verdad, de justicia y de belleza es una

incongruencia al no responder a ningún sentido espiritual de la existencia.

Si se sigue negando el fenómeno mediúmnico por temor o por prejuicios; si se continúa buscando una intrincada explicación de] mismo a fin de no aceptar en él la presencia del Espíritu, se estará secundando a la Nada, al Ateísmo y a la Muerte. Se estará en contra de la vida infinita para reclamar otra finita y sin sentido cuya única meta es el no ser.

Consideramos que el mediumnismo literario merece ser considerado como una posible realidad espiritual por la crítica de nuestro tiempo. Este nuevo tipo de literatura resultará como un blindaje espiritual frente al materialismo imperante. Pues el hombre como una expresión altamente teleológica deberá saber en estos momentos de dónde viene y hacia dónde se dirige. La mediumnidad tanto literaria como filosófica deberá levantar su divina lámpara en medio de esta noche terrenal para salvar a la raza del odio y de la nada.

ADDENDA Preguntas por el Yo de uno mismo

La filosofía de todas las edades ha preguntado por la existencia del Yo individual. Se hicieron preguntas, muy técnicas por cierto, sobre este Yo que nos conforma como un ser existente, preguntas que no han llegado a la carne viva del hombre: existir en brazos de la incertidumbre y sobre la oscuridad de la nada.

Yo soy un yo, se ha dicho, pero este yo no fue nunca el real y objetivo, sino un yo académico barnizado por complicados tecnicismos psicológicos, metafísicos y ontológicos. Un yo que al salir del ámbito oficial se esfuma como realidad existencial quedando de él un ser sin ninguna relación con la realidad humana. Es decir, que es un yo desvinculado del dramatismo de la vida diaria en cuyas esferas es donde se prueba la veracidad espiritual del Ser.

Se habló de un yo superficial basado en el concepto fisicalista de la vida, pues para la filosofía oficial el hombre no posee profundidad espiritual ni existencial al considerarlo una “masa fisiológica” y un mecanismo sin mundo interior. Pero el pensamiento tiene apetencias que se tornan imperativas en todos los niveles ideológicos. Estas apetencias son originadas por la sed de verdad que hay en el yo, y esta sed se sobrepone a lo físico y corporal porque en ella va la vida del hombre y de sus procesos interiores y exteriores.

¿Qué es el yo?, se pregunta la filosofía, a la que se agrega esta otra: ¿Quién soy yo? En estas

preguntas se concentra la esencia ontológica del ser y del mundo. Son dos preguntas que persisten en las investigaciones filosóficas. El qué y el quién constituyen el saber ontológico que perdura con mucho vigor en un momento del hombre en que todo cambia y se trastoca.

En efecto, ¿existe el yo para "algo" o es el resultado de una ciega casualidad? ¿El yo es una entidad con dimensiones aún desconocidas o solo existe para entrar en la nada?

Se dirá que estas inquietudes fueron experimentadas por el alma humana en todos los tiempos del planeta.

Pero aquí, por su urgencia, puede preguntarse: ¿Quién dio acerca de ellas una respuesta capaz de satisfacer el alma de la humanidad? ¿Quién demostró sobre las bases de la experiencia que el yo es un ser profundo con dimensiones desconocidas? ¿Quién ha demostrado que en el yo físico puede estar el yo metafísico?

Esto último se aceptó siempre teóricamente lo que nada representó ante el mundo material de la inteligencia. De lo que ahora se trata es de una demostración práctica, desde la misma carne del hombre, de una metafísica existencial y viva del yo. Ahora bien, aspirar a esta demostración no es estar en los campos de una "mala filosofía", sino que es buscar al hombre y la vida como realidades espirituales que

se sobrepongan a todos los conceptos nihilistas del Ser.

Pero el yo, sediento siempre de infinito, no se detiene ni a la derecha ni a la izquierda de la filosofía. Su ser profundo e sobrepone al concepto de “masa fisiológica” para lanzar sus reclamos existenciales. La conciencia moderna no se aquietará mediante supuestos teóricos; hora si lo subjetivo no se transforma en realidad práctica y objetiva, el yo seguirá reclamando un saber que esté acorde con sus profundidades ontológicas. Seguirá reclamando “derechos espirituales” puesto que intuye que existe en él un ser que pugna por instalarse como una realidad en el mundo. Es como un nuevo ser que es vida con disposiciones espirituales muy diferentes a las del pasado, ansioso de encarnar en lo histórico y conducirlo mediante un nuevo proceso tanto material como espiritual.

LA PREEXISTENCIA COMO BASE EXISTENCIAL DEL YO

Ahora bien, si el yo existe ¿es para la vida o para la muerte? ¿Esa idea de regreso que se agita en las honduras del yo puede tomarse como una prueba de su perdurabilidad espiritual? Si el yo presiente que su nacimiento es un regreso, ello nos lleva a suponer que posee un preexistir y no solo su existir presente. Intuye que regresa porque posee, en efecto, un preexistir o un tiempo anterior al actual. Siente que regresa porque ya estuvo en alguna parte, lo que señala que su presente existir se basa en un preexistir.

El yo existe hoy porque existió antes que hoy y existirá después de ahora porque existirá mañana. Y por este encadenamiento de preexistires, existires y superexistires el yo se afirma sobre la base de un nuevo existir consciente y definitivo. De este modo el hombre se reconocerá un yo existencial responsable de su crecimiento como persona espiritual hasta alcanzar el sentido palingenésico de su propio ser.

El yo al poseer una preexistencia podrá proyectarse sobre el pasado, el presente y el futuro hasta percibir el enlace de lo humano y lo divino. Sin preexistencia el yo deviene un ser limitado a las relatividades del presente. Existe sin conexión con el pasado y el porvenir. La historia posee para él una sola faz y es la que alcanza a percibir con su sentido del presente. Pero con un tiempo preexistente el yo es un ser comprometido con lo histórico en razón de su

participación en el tiempo pasado que, para la filosofía universitaria, carece de vinculación con el yo del tiempo presente. El yo está comprometido con lo histórico a causa de su estar en lo prehistórico, como lo estará, por su permanencia en lo histórico actual, en lo suprahistórico o en el futuro histórico.

La preexistencia del yo es una prolongación del ser hacia lo antiguo y una proyección hacia lo nuevo. El yo es porque ya fue y será nuevamente un yo mañana por su yo de hoy. Como se verá, la idea de preexistencia determina en el yo un enlace dialéctico que esclarece el proceso histórico y nos da esa historiosofía cristiana de la cual habló Nicolás Berdiaeff.

La idea de regreso experimentado por el yo es el resultado de su naturaleza preexistente. El yo intuye que vuelve de algún lugar porque su ser proviene de un pasado que, a medida que se actualiza en su memoria, recuerda su preexistir constituido por una serie de estratos existenciales. De lo que se infiere que el yo es una sucesión de seres que pasaron a través de un tiempo infinito. Esta sucesión de seres que constituyen al yo actual es lo que determina la seguridad de su preexistencia y da fundamento a su naturaleza inmortal. El yo, en suma, es infinito a causa de su preexistir ya que sin él no sería más que una máquina sin capacidad de recordar o de intuir un regreso mediante la penetración de sus estratos preexistenciales.

La inmortalidad del yo tiene su base en su propia preexistencia. Ningún yo puede ser y existir sin que en

él no exista una acumulación de edades y de tiempos, pues todo yo es una formación sucesiva de otros yos cuyas imágenes están grabadas en su memoria histórica. El Ser es una teoría de yos que no se han descompuesto a través del proceso histórico en razón de una acumulación de experiencias existenciales.

El yo perdura a través del tiempo histórico y avanza hacia su propio absoluto, o sea hacia su perdurabilidad inmortal a causa de su ser preexistencial. El pasado en él deviene intuición, la que se traduce en memoria de “algo” que regresa y en sostén de su ser inmortal. En suma, la preexistencia del yo es lo que le asegura al ser “salvarse” de la nada. de esa nada que destruye tanto el pasado como el presente y el futuro en forma simultánea.

EL NACIMIENTO COMO UN REGRESO DEL YO

El yo existe no obstante las negaciones que pretenden destruirlo. Hay en él un ser que existe para algo trascendental, como si penetrara en la realidad material para devenir un “existente corporal”. Pero el yo no es un existente corporal; su existencia al estar en lo profundo de sí mismo vislumbra o presiente nuevas representaciones existenciales.

A lo antedicho se podría objetar lo siguiente: el yo nace como todo lo humano, por consiguiente está expuesto a lo finito y relativo; es el resultado de un nacimiento fisiológico y es, por esto mismo, un factor psíquico determinado por combinaciones fisicoquímicas, lo que lo ubicaría en un plano puramente material. Porque se ha creído siempre que todo lo que nace está sujeto al deterioro, es decir a la categoría de las cosas finitas. Sin embargo, su afirmación como ser existencial tiene numerosos recursos en su favor; pero el más decisivo es esa percepción en sí mismo de una presencia anterior a su ser actual. Esa presencia le hace presentir al yo que su nacimiento no es un fenómeno fisiológico, sino que es un regreso, es decir como un camino por el cual viene avanzando a través de un tiempo infinito.

En efecto, el yo se siente como un ser que nace, pero sabe que regresa o que viene de alguna parte. Su nacimiento no anula su sed de inmensidad; por el contrario, sin detenerse frente a lo que en él es desde el punto de vista corporal, continúa sintiéndose en su ser como un “algo” que regresa, que es alguien que se

está formando a través de un mundo que dura a través del espacio y del tiempo.

Lo que se agita en lo profundo del yo es lo que está conmoviendo las bases del saber materialista. Pues mientras del fondo del yo surjan ideas y nuevas apetencias gnoseológicas, el saber resultará siempre inseguro e inestable, ya que sus dogmas solo se convertirán en realidades experimentales si se logra demostrar que el yo no es más que una “masa fisiológica” o una consecuencia psíquica segregada por los lóbulos cerebrales.

En las profundidades del yo está el nuevo saber de la existencia y del Espíritu. Y esto no es una simple expresión puesto que existe una dialéctica del Yo por la cual su naturaleza y su ser se perciben como un regreso de alguien que quiere hacerse presente en el escenario del mundo. Esa dialéctica del yo es la que determinará una nueva realidad en los campos del conocimiento, es decir una realidad cambiante y progresiva cuyas raíces se hallan en los tiempos pretéritos del Ser. Será un yo que se manifestará en lo temporal para decir: Yo fui, luego soy y seré eternamente.

LA CONCIENCIA PALINGENÉSICA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Sin duda alguna que es en Oriente donde la concepción palingenésica del Ser tiene los más profundos arraigos. Si bien su interpretación es lamentablemente estática entre los orientales, la idea de los renacimientos es una realidad espiritual y religiosa. Países como la India y el Japón la han aceptado como “base moral” del mundo. En Egipto y Grecia la idea palingenésica del hombre es interpretada como una sucesión de pruebas planetarias, lo que ha dado base en Occidente a las primeras vislumbres de un concepto reexistencialista del ser.

En Grecia la idea de la reencarnación se expresó a través de ese luminoso fenómeno poético como el de los poemas órficos. Los poetas de esa escuela sentían en sí mismos el imperativo moral de las vidas sucesivas, el que surgía inesperadamente de los estratos más profundos del subconsciente. Filósofos como Sócrates, Platón, Pitágoras, Apolonio de Tiana y Empédocles la presentaron como una realidad en sus concepciones filosóficas. En casi toda la filosofía órfica y druídica está presente esa idea del renacimiento del ser que Nietzsche denominó eterno retorno.

Platón describe con toda claridad la idea de la reencarnación en *La República, Fedra, Timeo* y en *Fedón*. En *Fedra* se lee: “Es cierto que los vivos nacen de los muertos y que las almas de los muertos renacen

aun”. En *Fedón*: “El alma es más vieja que el cuerpo. Las almas renacen sin cesar del Hado, para volver a la vida actual”.

Este pensamiento socrático-platónico sobre la reencarnación del ser no ha sido valorado ontológica ni teológicamente como corresponde, lo cual hizo que cayera como un velo sobre la mentalidad de Occidente. La historia de la filosofía no se adentró como era de desear en la exposición palingenésica de Sócrates, Platón y Pitágoras. Pues las llamadas “reminiscencias platónicas” hubieran penetrado a fondo en el pensamiento filosófico cristiano; se habría evitado así esa tragedia agonística y existencial de hombres como Pascal, Kierkegaard, Chestov, Nietzsche, Unamuno y de existencialistas como Sartre, Camus, Berdiaeff y hasta de algunos tomistas contemporáneos. El hombre como expresión de existencia, o sea como ley de reencarnación, habría dado al pensamiento de Occidente un nuevo sentir sobre la vida y la historia. Un nuevo dinamismo moral habría surgido del llamado sentido trágico de la existencia. La vida como prueba planetaria del ser se habría asentado en la sucesión de existencias vividas por el espíritu. El hombre, como ocurre ahora, no sería un ser espiritual ajeno a los variados procesos de la historia; sería él una potencia que desde lo visible y lo invisible manejaría conscientemente a toda la realidad histórica.

Esto le daría un nuevo sentido a las responsabilidades morales de los actores intervinientes en el drama universal.

La palingenesia se expresó en Egipto a través de los llamados misterios de Isis donde seres preparados para ello estaban destinados a revelar el secreto de las vidas pasadas del hombre. Por eso toda la ciencia egíptológica se vio en la necesidad de volver hacia el pasado en busca de las verdaderas raíces del ser y de la persona humana. En Grecia las vidas sucesivas del hombre y de todo ser se enseñaba en los misterios de Eleusis, tan profundos como los de Isis. Pero en estos secretos eleusinos intervenían los misterios de Perséfona los cuales simbolizaban la representación existencial de los renacimientos del hombre.

Todo el arte griego está impregnado de esa belleza espiritual cuyo origen está en la mentalidad palingenésica que prevalecía entre los más grandes pensadores de la antigua Hélade. La belleza entre los griegos no era solo una idealización del Ser, sino una expresión divina de la vida como función viviente de los actos morales del hombre. La belleza era entre los antiguos griegos un estado superior del alma que se agrandaba cada vez más por la práctica del Bien y la Verdad.

Pero esta idea palingenésica del hombre encontró también su clima favorable en el imperio romano. Los hombres más destacados de ese período como Ovidio, Cicerón y Virgilio la sustentaron en sus obras literarias. Virgilio la cantó en la Eneida expresando que el alma al hundirse en la carne pierde la noción de sí misma. Si bien la idea palingenésica no se extendió mucho en la cultura romana, sus más ilustres pensadores la

consideraron una realidad necesaria para explicar los variados asuntos psicológicos del Ser.

La fortaleza y temple de los antiguos romanos fue debido a ese conocimiento de la ley de reencarnación que poseían. César en sus Comentarios sobre la guerra de las Galias hizo alusión al carácter imperturbable que poseían los druidas frente a la muerte a causa de la conciencia palingenésica que habían alcanzado. El historiador francés A. de Jubainville se expresó así: “En los combates contra los romanos los druidas permanecían inmóviles como estatuas, recibiendo las heridas sin huir ni defenderse. Sabían que eran inmortales y contaban encontrar en otra parte del mundo un cuerpo nuevo y siempre joven”. Tácito confirmó también ese carácter de los druidas a causa de la conciencia palingenésica que habían desarrollado.

La idea palingenésica del Ser y de la Historia ha de reaparecer con la misma intensidad que poseía en las pasadas edades. El genio poético será un medio para ello, por eso los poetas contemporáneos se inspiran en esta nueva visión del Ser, tal como el genio de Víctor Hugo lo hizo en su época.

(1) Del libro Dios. Literatura y Poesía.

(2) Dr. Franco Ponte: Los cerebros de Víctor Hugo y Alberto Einstein. Revista Cosmos, año 1955, Ponce. Puerto Rico.

(3) Ver su artículo Víctor Hugo, Precursor, en Survie, de septiembre-octubre de 1952.

(4) Daniel Suárez Artazu: Marietta y Estrella. Páginas de dos existencias.

(5) La traducción corresponde al distinguido poeta español Salvador Sellés.

(6) Suzanne Misset-Hopes: Presencia de Víctor Hugo, Ed. Amour el Vie, Baguolet (Sense, Francia)

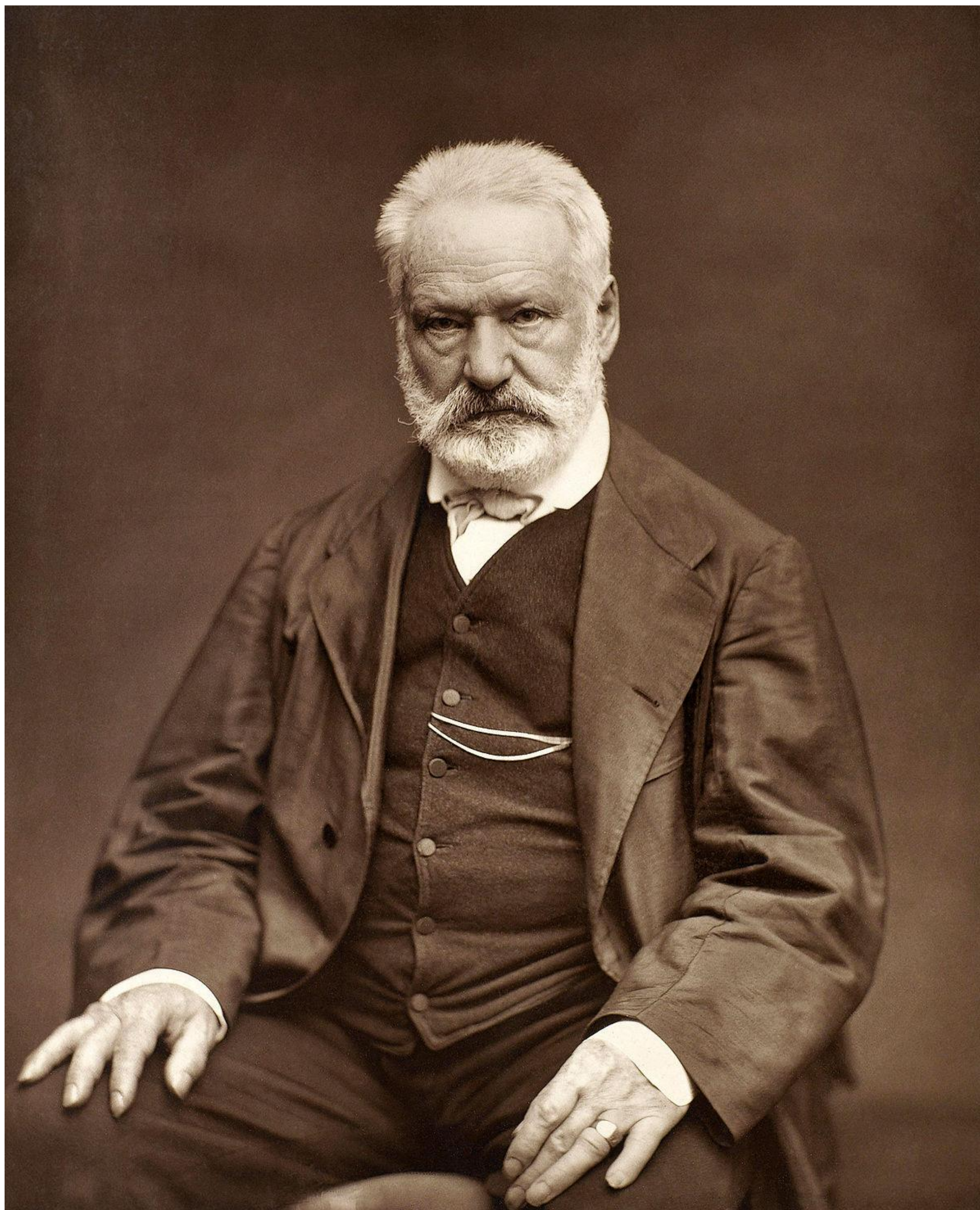
(7) Citado por Petit de Julleville en su Histoire de la litterature francaise, t. VII.

(8) Obra editada en París en el año 1933.

(9) Revista Lumen, Tarrasa, España, año 1905.

INDICE

Las siguientes fotografías no están añadida en el libro, es un anexo agregado por la web www.survivalafterdeath.blogspot.com



El poeta Victor Hugo

— va

~~qui dans~~ l'homme

Vendredi 7 heures

Charles et Guerin à la table —

— qui est là ? — Shakspeare.

[illegible]

— Lacrima. [illegible]

ou bien — piedrahita. [illegible]

— piedo d'enfant.

— du soleil — ou bien — rosaspina

~~alma~~ animula. — perline

marquise de la mer

Vol d'oiseau

Mouette de l'ame

Sultane du lys

Pandora

Parure de mai

Veuillez m'autoriser à publier ces noms. — Oui.

Interrompu à 7 h. 1/2 [illegible]

Actas de las sesiones de espiritualismo de Victor Hugo (y siguiente foto)

[illegible] 7 h 1/2 Ch. M. S.

es-tu le Shakspeare ? — oui
parle de [illegible]
quand eschyle pensif sculpte la mer oreste,
quand Cervantes songeant fait son grave hidalgo,
quand Molière pugilin plisse le front d'alceste,
quand je noue Desdemone à lombre d'Iago,

quand du tremblant hamlet je fais l'âpre ministre
du spectre qui lui dit : venge-moi ! chaque soir ;
et lorsque, quand je mets sur ton donjon sinistre,
le doute en sentinelle au créneau du devoir,

lorsque dans caliban je peins l'être vorace,
ou que dans Richard trois je peins l'homme inhumain,
quand à la dy Macbeth refusant toute grâce,
sombre, avec son forfait, je lui gante la main,

quand je fais juliette et dante Béatrice,
quand je fais mon Roi Lear et vous vos tric ou let
~~quand~~ (interruption. on relit les vers. la table reprend)
quand, comme une caverne
(interruption. la table reste longtemps immobile)

— vous as-tu changé quelque chose dans ce que précède ? — oui
— dans quelle strophe ? — la 4e.
— quel vers ? — le premier.
— veux-tu le changer entièrement ? — oui.
a juliette un soir quand je dis ma romance,
quand je fais mon roi Lear et tous mes Tribulets
quand, comme une caverne au fond d'un bois immense,
l'antre de grandgousier s'ouvre dans Rabelais.

(la table reprend)
ce n'est pas un larron que l'ombre de la mort. I

la mort ne vole pas leurs fleurons aux couronnes.
la mort n'est pas un vol de l'immortalité.
le ciel garde la gloire, ô Dieu, quand tu la donnes.
la mort ne (interruption)
Conserves-tu la mort ne ? — non (la table reprend)
dieu n'ôte pas Shakspeare à son immensité.

ne dites pas : la mort vient dans le cimetière,
la nuit, à pas furtifs, et là, lorsque tout dort,
prend son poème à dante, et son drame à Molière,
et s'enfuit. ~~m~~ maudit soit le spectre
(interruption)
— as-tu quelque chose à changer ? — oui.
— dans quel vers ? — dans le second.
— conserves-tu la nuit, à pas furtifs ? — oui.
— conserves-tu ? et la ? — non.
alors refais le second hémistiche :
et comme un ennemi
~~n'a-avons-tu le troisième ? — non.~~
~~[illegible]~~
le refais-tu tout entier ? — oui.
vole
vole l'enfer à dante et Tartuffe à Molière
et prend son épitaphe à Cervantes endormi.
le quel aimes-tu mieux ? à Cervantes endormi, ou
au génie endormi ? — j'aime mieux au génie. j'aime



Habitación de Victor Hugo